



# ENTRE CIVITAS Y MADĪNA

EL MUNDO DE LAS CIUDADES  
EN LA PENÍNSULA IBÉRICA Y EN  
EL NORTE DE ÁFRICA (SIGLOS IV-IX)

EDITADO POR SABINE PANZRAM Y LAURENT CALLEGARIN

 CASA DE VELÁZQUEZ



## ÍNDICE

Prólogo de <i>Sabine Panzram y Laurent Callegarin</i>	xv
Introducción de <i>Sabine Panzram</i>	
El mundo de las ciudades en la Península Ibérica y en el norte de África	1
<i>Hugh N. Kennedy</i>	
From Polis to Madina revisited: Some Reflections Thirty Years On	13

### I. — EL MUNDO DE LAS CIUDADES EN LA PENÍNSULA IBÉRICA

#### I.1. — PERSPECTIVAS GENERALES

<i>Javier Arce</i>	
De la ciudad pagana a la ciudad cristiana: el caso de Hispania (siglos IV-VI)	23
<i>Sonia Gutiérrez Lloret</i>	
Von der <i>civitas</i> zur <i>madīna</i> : 20 Jahre archäologische Forschungen auf der Iberischen Halbinsel	33

#### I.2. — ESTUDIO DE CASOS

<i>Miguel Alba Calzado</i>	
Secuencias en la transformación de <i>Augusta Emerita</i> (siglos I-IX): tres concepciones distintas de ser ciudad	51
<i>Jaime Vizcaíno Sánchez</i>	
<i>Ad pristinum decus</i> . La metamorfosis urbana de <i>Carthago Spartaria</i> durante el siglo V	75
<i>Darío Bernal Casasola</i>	
Continuidad y cesura en las ciudades tardorromanas del estrecho de Gibraltar. El <i>fretum Gaditanum</i> , un ámbito hispano-africano singular	105
<i>María Teresa Casal García</i>	
The <i>Rabaḍ</i> of <i>Šaqunda</i> in Umayyad Córdoba (750-818 AD)	119

## I.3. — ENFOQUES TEMÁTICOS

*Ruth Pliego Vázquez y Tawfiq Ibrahim*

La ciudad a través de las emisiones monetarias y sigilográficas de la Península Ibérica. De la Antigüedad Tardía a la conquista omeya 135

*Francisco José Moreno Martín*

De Toledo a Oviedo (siglos VII a IX). Circulación de modelos y circularidad de argumentación para el conocimiento de la topografía cristiana entre la tardía Antigüedad y la alta Edad Media 153

*Christoph Eger*

Zur Islamisierung der urbanen Landschaft in al-Andalus aus Sicht des Grabbrauchs 173

## II. — EL MUNDO DE LAS CIUDADES EN EL NORTE DE ÁFRICA

## II.1. — PERSPECTIVAS GENERALES

*François Baratte*

Les villes du nord de l'Afrique entre Antiquité tardive et conquête arabe. Historiographie récente et nouvelles perspectives 191

*Corisande Fenwick*

Early Medieval Urbanism in Ifrīqiya and the Emergence of the Islamic City 203

## II.2. — ESTUDIO DE CASOS

*Elsa Rocca et Fathi Béjaoui*

Occupation urbaine dans le sud-ouest de la Proconsulaire entre Antiquité tardive et Moyen Âge : les cas d'*Ammaedara* (Haïdra, Tunisie) et de *Theveste* (Tébessa, Algérie) 223

*Elizabeth Fentress*

An Island in Transition. Jerba between the Fifth and the Ninth Centuries 241

*Ridha Ghaddhab*

Vie urbaine et activités artisanales dans les villes romaines d'Afrique durant l'Antiquité tardive 253

## AD PRISTINUM DECUS

### LA METAMORFOSIS URBANA DE CARTHAGO SPARTARIA DURANTE EL SIGLO V

Jaime Vizcaíno Sánchez

Universidad de Murcia

Yo te saludo, Narbona, llena de fuerzas saludables, hermosa de contemplar en la ciudad y en la campiña, con tus murallas, tus ciudadanos, tus dimensiones, tus tiendas, tus puertas, tus pórticos, tu foro, tu teatro, tus templos, tus capitolios, tus bancos, tus termas, tus arcos, tus hórreos, tus mercados, tus praderas, tus fuentes, tus islas, tus salinas, tus estanques, tu río, tus mercancías, tu puente, tu mar.

(SIDONIUS APOLLINARIS, *Carmen*, XXIII, 35-44)

#### «RUINAS DIGNAS DE ALABANZA»: TOPOI Y REALIDADES ARQUEOLÓGICAS

Cuando hacia el 465-466, Sidonio Apolinar compone su célebre poema al noble Consencio, alaba Narbona describiéndola como una *civitas* clásica, y enumera un amplio elenco de edificios monumentales y comodidades sobre los que las vicisitudes de los tiempos parecen no haber hecho mella<sup>1</sup>. No obstante, el conocimiento de la personalidad y obra literaria del poeta galo, marcada por una retórica nutrida de viejos *topoi* clásicos, nos permite saber que sus endecasílabos son más reflejo de un mundo pasado, añorado, que plasmación de una realidad palpable<sup>2</sup>. De hecho, el mismo poema no esquiva los efectos de campañas y asedios, e incitando a *Narbo* a enorgullecerse por estar inserta «en medio de ciudadelas medio destruidas, mostrando la gloria de guerras pasadas», la considera «más valiosa aún por tus ruinas dignas de alabanza», sentenciando que merece «amor por haber sido maltratada»<sup>3</sup>.

En este contexto, en el que la conciencia de la *civitas* clásica, de su aparato monumental, considerados eternos —como eterna es la misma *civilitas*, la *romanitas*<sup>4</sup>— debe asumir cambios cada vez más evidentes, hemos de entender el desarrollo urbano de antiguas ciudades que, deseosas de recuperar su pretérita prestancia, han de sobreponerse a los efectos de coyunturas recesivas, cuyo impacto ha metamorfoseado su topografía. Y es que, perdurando la comunidad cívica, permaneciendo vigente la *romanitas*, su escenario urbano experimenta una mutación más o menos traumática, en función de los avatares socioeconómicos y políticos. Como señala el poeta galo, ante el signo de los tiempos, en estas ciudades «no haber tenido ninguna herida es un gran desdoro», pues «soportar la adversidad es una gloria difícil de lograr»<sup>5</sup>.

<sup>1</sup> Este trabajo se enmarca en el proyecto de I+D+i *Exemplum et spolia. El legado monumental de las capitales provinciales romanas de Hispania. Perduración, reutilización y transformación en Carthago Nova, Valentia y Lucentum* (HAR2015-64386-C4-2-P). Queremos agradecer la ayuda prestada por Elena Ruiz Valderas, directora del Museo del Teatro Romano de Cartagena, quien ha cedido buena parte del material gráfico empleado en esta publicación. Estamos igualmente en deuda, con la arqueóloga M<sup>a</sup> José Madrid Balanza, directora de los trabajos de excavación del PERI CA4 de Cartagena, por prestarnos el material gráfico sobre la necrópolis documentada. Nuestro agradecimiento se extiende al equipo del proyecto de excavación e investigación del cerro del Molinete, dirigido por José Miguel Noguera Celdrán, catedrático de Arqueología de la Universidad de Murcia, y la arqueóloga M<sup>a</sup> José Madrid Balanza.

<sup>2</sup> Sobre este autor, clave en la producción literaria bajoimperial, existe una prolija producción historiográfica, entre la que queremos destacar los trabajos de HARRIES, 1994 y FERNÁNDEZ LÓPEZ, 1994. En cuanto a la *Narbo* glosada por él, la realidad histórica y arqueológica existente tras los *topoi* de la retórica, RIESS, 2016, pp. 19-130. Por otro lado, extractamos en nuestro manuscrito algunos de los párrafos de Sidonio Apolinar, siguiendo la traducción de A. LÓPEZ KINDLER (2005).

<sup>3</sup> SIDONIUS APOLLINARIS, *Carmen*, XXIII, 61-62; XXIII, 67-68.

<sup>4</sup> PASCHOUD, 1967.

<sup>5</sup> SIDONIUS APOLLINARIS, *Carmen*, XXIII, 78; XXIII, 85; XXIII, 61-62; XXIII, 67-68.

Durante el siglo V, las «heridas» eran muchas y evidentes en *Carthago Spartaria*, profundamente transformada respecto a la *Carthago Nova* fruto de la intensa monumentalización de los periodos tardorrepublicano y augusteo<sup>6</sup>. De hecho, cabe preguntarse si el «violento» contraste entre ambas realidades urbanas, pudo ser una más de las causas del casi unánime silencio de las fuentes tardías sobre la Cartagena bajoimperial. No en vano, dentro de las coordenadas culturales de esa eterna «romanitas», los autores son más elocuentes con otras ciudades donde la tradicional idea de *civitas*, también en su plasmación urbana, debía resultar más «neta».

En efecto, aunque Sidonio Apolinar, a propósito de esa Narbona afectada por los embates de su época, destaque su valor «ya que en el cuerpo de los hombres aguerridos cuanto mayor es la cicatriz tanto mayor es la gloria»<sup>7</sup>, difícilmente podían alcanzar el papel de *exempla*, urbes en las que muchas de estas «cicatrices» quedaban por restañar y aún seguían «supurando» a la vista de todos, evidenciando la «impotencia» de «recuperar» su antiguo estado. En este orden de cosas, tampoco parece casual que la última cita que tengamos sobre *Carthago Spartaria*, la que nos da en el siglo VII Isidoro de Sevilla, no solo sea tan parca, sino que, dentro de ese carácter escueto, glose únicamente su pasado fundacional, omitiendo cualquier dato sobre su realidad presente<sup>8</sup>.

El caso es que, *Carthago Spartaria*, convertida tras la reforma diocleciana en capital de la *provincia Carthaginensis*, no debió resultar lo suficientemente «atractiva» a poetas y escritores. Se encuentra así ausente, por ejemplo, en el elenco urbano que nos proporciona Ausonio, el *Ordo Urbium Nobilium*, compuesto, en cierto modo, como un juego, durante su retiro bordelés a partir del 388<sup>9</sup>. Ciertamente es que la clasificación realizada por el poeta de *Burdigalium* es, en gran medida, aleatoria, y que en el caso de *Hispania* adolece de profundidad, pues, citando solo *Hispalis*, *Corduba*, *Tarraco* o *Bracara*, olvida a la misma sede del vicario *Hispaniarum*, *Emerita*. Con todo, la omisión de *Carthago Spartaria* vuelve a darse en otro tipo de textos tales como la *Expositio totius mundi* de mediados del siglo IV, o la *Cosmographia* de Julio Honorio, compuesta posiblemente a finales de esa centuria<sup>10</sup>. Apenas Avieno repara en ella en su *Ora maritima*, y lo hace, a diferencia de ciudades como *Gades*, sobre cuyo abandono se pronuncia, aludiendo exclusivamente a su pasado<sup>11</sup>. En el mismo sentido, Hydacio, dentro de su crónica apocalíptica, solo la mencionará para aludir a un supuesto ataque vándalo en el 425 o a la destrucción de la flota de Mayoriano en sus alrededores, que, precisamente, se había organizado en el 460 para atacar al *regnum vandalorum*<sup>12</sup>.

En este orden de cosas, ¿por qué una de las ciudades con mayor documentación literaria para época republicana y altoimperial, «desaparece» prácticamente en las fuentes tardías? ¿«Capricho» literario o «sanción» de una realidad, «silencio» consciente? Todo apunta a lo segundo, porque *Carthago Spartaria*, pese a los esfuerzos de la administración, que, como veremos, se dieron y de forma intensa, dista de ser durante los siglos IV y V, un ejemplo incontestable del ansiado retorno *ad pristinum decus*<sup>13</sup>. En ella, poco podemos encontrar del catálogo de edificios que Sidonio Apolinar glosa para Narbona; en tanto, parafraseando a Ausonio, la «fortuna reciente», no es modo alguno capaz de devolver el «antiguo esplendor». Ante tal panorama, quizá entendamos mejor el «reticere» que los textos practican con la ciudad, el «castigo a impíos silencios», que, al hablar de Burdeos, refiere Ausonio, ocupado, como sus contemporáneos, en recrearse en otras urbes cuyo aspecto monumental, sigue siendo eficaz testimonio de una *romanitas* que trata de preservarse frente a los síntomas evidentes de su disolución.

<sup>6</sup> RAMALLO ASENSIO, 2011, e incorporando los hallazgos de las últimas excavaciones del cerro del Molinete, NOGUERA CELDRÁN, MADRID BALANZA, 2014a, pp. 55-81.

<sup>7</sup> SIDONIUS APOLLINARIS, *Carmen*, XXIII, 76-77; XXIII, 61-62; XXIII, 67-68.

<sup>8</sup> ISIDORUS HISPALENSIS, *Etymologiae*, XV, 1, 67-68: «Los africanos que ocuparon la zona marítima de Hispania conducidos por Aníbal construyeron *Carthago Spartaria*, que más tarde sería tomada por los romanos y convertida en colonia, dando su nombre a toda la provincia. Hoy día, destruida por los godos, apenas quedan sus ruinas.»

<sup>9</sup> SZELEST, 1973, pp. 109-122. En el caso de Mérida, su omisión se ve compensada por la cita del *Laterculus*, por la que se considera capital de la *diocesis Hispaniarum*. Como señala ARCE, 2000, p. 54, la mención de las ciudades por Ausonio se realiza ante todo en función de los conocimientos del autor, y de la historia y mitos de cada una de ellas.

<sup>10</sup> RIESE, 1878, pp. 21-55. Sobre esta, PENELAS, 2001.

<sup>11</sup> AVIENUS, *Ora maritima*, 449-452; 271-272.

<sup>12</sup> Sobre la intencionalidad ideológica del autor, ARCE, 2005, pp. 26-28. En cuanto al episodio, ARCE, 2007, pp. 206-212, quien recoge el testimonio de la destrucción de la flota en la rada ilicitana, Marius AVENTICUS, *Chr. Min.* II, p. 232 (s.a. 460.2): «eo anno captae sunt naves a vandalis ad Elecem iuxta Cartaginem Spartariam», según Theodor MOMMSEN, (ed.), *Monumenta Germaniae Historica*, Vol. II, Berlin 1894 (reimp. Munich, 1981).

<sup>13</sup> BROGIOLO, WARD-PERKINS, 1999, p. 100. Sobre la perpetuación de *topoi*, SARADI, 1995, pp. 37-56.

Comprender la *Carthago Spartaria* tardía pasa por valorar la fuerte crisis que puso fin a la *Carthago Nova* altoimperial, lastrando sus posibilidades de resiliencia. Disentimos de aquellas visiones que abogan por entender el desarrollo urbano tardío de una ciudad, en particular de cierto modelo de ciudad como Cartagena, como algo completamente autónomo, independiente, de cuanto había sido previamente. Creemos que su experiencia como *civitas* clásica «agotada», hasta cierto punto «fracasada»<sup>14</sup>, pesa en su evolución durante la Antigüedad Tardía, generando una dialéctica que explica su peculiar mutación urbana. Dicha dialéctica estará presidida, como en tantos otros lugares, por un intento de volver «*ad pristinum decus*», que, a pesar de ser consistente y ofrecer buenos resultados, ofrecerá una imagen urbana marcada por fuertes contrastes.

#### DEL ABANDONO AL «RENACIMIENTO COMERCIAL»

Tras haber experimentado un intenso proceso de monumentalización en épocas tardorrepublicana y, sobre todo, augustea, después de haberse conformado como una *simulacra Romae* parangonable a otras capitales hispanas, *Carthago Nova* atraviesa una fuerte recesión. Se trata de un proceso de larga duración, que, influenciado por diversos factores, tiene su eclosión a partir de mediados del siglo II d. C., momento en el que, el «colapso» parece comprometer su misma supervivencia urbana. Engrosa, por tanto, la nómina de ciudades hispanas «no viables» a partir de época antonina<sup>15</sup>, con una involución similar a la que registran otros núcleos del *Conventus Carthaginensis*<sup>16</sup>.

Prácticamente la mitad del recinto urbano se abandona (fig. 1, p. 79), e incluso, la zona que permanece ocupada, el sector occidental replegado en torno al puerto, pierde buena parte de sus equipamientos monumentales. Es el caso así, de la curia, que, tras su declive, con el desplome del antiguo *capite velato* que presidía las reuniones del *ordo decurionum*, queda amortizada, no registrando intento alguno de reparación<sup>17</sup>. Otro tanto ocurre en edificios del entorno forense, como la sede del *colegium augustaliium*<sup>18</sup>, o incluso en la misma plaza cívica, donde, el doble pórtico que la limitaba por el sur, tras una fugaz reocupación, queda colapsado después del año 238<sup>19</sup>. La dedicación de sendos epígrafes a Antonino Pío, entre el 145 y el 161 d. C., y a la madre del emperador Alejandro Severo, *Iulia Mammea*, en el último cuarto del siglo III, testimonian empero, que al menos un área limitada del vetusto complejo forense debía mantener su función representativa<sup>20</sup>. Con todo, por el momento, se trata de evidencias aisladas. Así, insistiendo en el mismo «agotamiento», las denominadas «Termas del Puerto», construidas en época augustea tardía o bajo el gobierno tiberiano, parecen encontrarse fuera de uso desde mediados del siglo IV, culminando un proceso de deterioro ya patente en la anterior centuria<sup>21</sup>. En la misma línea, el llamado «Edificio del Atrio», una posible *Banketthaus* que vertebraba una *insula* de época cesariano-augustea situada c. 100 m del foro, tras haber perdido su primitivo uso compartimentándose en viviendas, sufre un devastador incendio a finales del siglo III o inicios del IV<sup>22</sup>. Incluso, el teatro, otrora emblema de la *urbs opulentissima omnium in Hispania*, después de la reocupación de su *porticus post scaenam*<sup>23</sup>, es abandonado tras sufrir un incendio a principios del siglo III<sup>24</sup>. El balance es similar para el viario urbano: las calles del sector oriental, al igual que las viviendas o edificios que los flanquean, quedan amortizadas; en tanto que las de la mitad occidental, apenas ofrecen puntuales muestras de frecuentación<sup>25</sup>.

<sup>14</sup> Agradecemos la sugerencia de esa idea de «fracaso» al profesor Javier Arce, en el marco del debate posterior a nuestra intervención en la reunión de Hamburgo. Igualmente, estamos en deuda con otros colegas, como la profesora Sabine Panzram, que, insistiendo en el colapso que atraviesa *Carthago Nova*, en su «fugaz» esplendor, han estimulado las ideas que exponemos en este trabajo.

<sup>15</sup> ALFÖLDY, 2012, p. 82 y nota 622. Igualmente, sobre la envergadura del proceso y, de forma concreta, su plasmación en Cartagena, véase las distintas contribuciones recogidas en RAMALLO ASENSIO, QUEVEDO SÁNCHEZ, 2014.

<sup>16</sup> MATA SOLER, 2014, pp. 219-251.

<sup>17</sup> MARTÍN CAMINO, 2006, pp. 61-84.

<sup>18</sup> DE MIQUEL SANTED, SUBÍAS PASCUAL, 1999, p. 51.

<sup>19</sup> NOGUERA CELDRÁN, FERNÁNDEZ DÍAZ, MADRID BALANZA, 2009, p. 274.

<sup>20</sup> En el momento de escribir de estas líneas, las excavaciones continúan en este espacio y habrán de proporcionar nuevas evidencias. Véase un balance previo en *Ibid.*

<sup>21</sup> *Ibid.*, pp. 186-188; así como MADRID BALANZA, PAVÍA PAGE, NOGUERA CELDRÁN, 2015, pp. 15-23.

<sup>22</sup> NOGUERA CELDRÁN, MADRID BALANZA, 2014b, p. 48.

<sup>23</sup> LIVIUS, *Ab urbe condita*, XXVI, 47, 6; RAMALLO ASENSIO, 2000, pp. 87-120.

<sup>24</sup> RUIZ VALDERAS, GARCÍA CANO, 2001, pp. 197-206.

<sup>25</sup> Sobre el impacto de tal crisis en la ciudad, QUEVEDO SÁNCHEZ, 2015.

Semejante parálisis se experimenta también *extra moenia* y en buena parte del *territorium*, donde casi sin excepción, las *villae* y enclaves rurales cesan su actividad en el siglo III<sup>26</sup>.

En esta concatenación de realidades, el escenario urbano refleja, como no podía ser de otro modo, la transformación del tejido socioeconómico de la urbe, siendo esclarecedora la práctica ausencia de ciudadanos de *Carthago Nova* entre los flámenes provinciales, senadores hispanos o incluso listas de miembros del orden ecuestre. Se trata de una evidencia más de la caída de sus antiguas elites<sup>27</sup>.

Ante este panorama, evitar saldar el balance final como «ruina», no puede ser más que mero ejercicio lingüístico, desdeñando una documentación arqueológica incontestable<sup>28</sup>. Las excavaciones arqueológicas de los últimos años no hacen sino reincidir en tal realidad, matizando si acaso, las fechas del «colapso» y, evidentemente, testimoniando cómo a pesar de este, en algunos casos se dio también una ocupación «residual», en el sentido de desvinculada a la naturaleza de los diversos edificios, tanto en su función como en envergadura.

A tenor de cuanto sabemos hoy, la situación no parece invertirse hasta el siglo IV, momento a partir del que la promoción diocleciana de la ciudad como capital de la provincia Cartaginense va tomando cuerpo, rompiendo con el letargo de la segunda mitad del siglo III. El «naufragio» experimentado entonces —conviene insistir en ello— había sido de tal calado que, la operación de «reflotar» la urbe, difícilmente podía ser repentina. Las medidas tuvieron que ser de diverso tipo y en la compleja interacción causa-efecto, hubieron de aplicarse o acabaron beneficiando al conjunto del Sureste. Es en este marco en el que hemos de entender un renovado interés por el mantenimiento de la red viaria de este espacio geográfico, actuando sobre sus ejes fundamentales. Así, favoreciendo la conexión con la Andalucía oriental, sabemos que se remodeló un tramo de la *Via Augusta* a su paso por la *mansio* de *Eliocroca*, como testimonian sendos miliarios de los emperadores Diocleciano y Galerio, y Constancio Cloro<sup>29</sup>. Previamente, ya en las postrimerías del siglo III, otro miliario también prueba cierta renovación del tramo que comunica con *Ilici* a través de la *mansio* de *Thiar*<sup>30</sup>. El caso es que, a pesar de la involución urbana, las calzadas habían seguido siendo objeto de atención, como prueba otro miliario, en esta ocasión en la vía que comunica la costa con *Complutum*, hallado en Hellín y fechado en época de Maximino Tracio<sup>31</sup>.

Sea como fuere, a partir de un momento avanzado del siglo IV y, sobre todo, en el marco de la siguiente centuria, *Carthago Spartaria* experimenta una suerte de palingenesia. Agotado, por cuanto sabemos, el esplendor minero<sup>32</sup>, son otros dos de los pilares tradicionales en los que había descansado su prosperidad pasada, comercio y actividad militar, ambos también ligados y, a su vez, fruto de un enclave geoestratégico privilegiado, los que vuelvan a cimentar su nuevo desarrollo.

En esta «refundación» son evidentes las analogías con la renovación urbana de época tardorrepublicana. Al igual que entonces, se registra cierta «efervescencia» edilicia, que implica la remodelación de antiguos sectores, con la dotación de nuevos equipamientos monumentales. Incidiendo en el símil entre ambos procesos, en la nueva «reviviscencia» la crisálida monumental de épocas tardorrepublicana y altoimperial, sus edificios y materiales<sup>33</sup>, se ponen al servicio de una nueva arquitectura funcional y utilitaria, que, en sustancia, aporta la infraestructura básica para la renovada actividad comercial. No en vano, la importante producción salazonera, el impulso agropecuario, las relaciones con el territorio provincial, o el abastecimiento a los contingentes militares, debieron generar nuevas necesidades de acopio.

En esta boyante actividad comercial ocupa un lugar básico la producción de salazones, que ya en el periodo clásico había deparado fama a la ciudad, como productora del célebre *garum sociorum*. Al igual que en esa etapa, los establecimientos se reparten por toda la franja litoral, de modo par-

<sup>26</sup> MURCIA MUÑOZ, 1999 y 2010; así como VIZCAÍNO SÁNCHEZ, 2010, pp. 99-105.

<sup>27</sup> RAMALLO ASENSIO, 2011, pp. 125-127.

<sup>28</sup> Denunciando cómo parte de la historiografía que trata los cambios de la ciudad cae en ejercicios retóricos tendentes a evitar conceptos que impliquen cualquier connotación negativa, WARD-PERKINS, 2010.

<sup>29</sup> *HEp* 8, 2002, n.º 371; *HAE* 1237; *HEp* 4, 1994, 568. Sobre los miliarios de *Eliocroca*, cuya nómina se ha visto incrementada por el reciente hallazgo de otro ejemplar datado en época augustea, MARTÍNEZ RODRÍGUEZ, PONCE GARCÍA, 2014.

<sup>30</sup> MAYER I OLIVÉ, 1988, p. 107.

<sup>31</sup> SILLIÈRES, 1990, pp. 247-257.

<sup>32</sup> Prácticamente sin excepción, todos los enclaves se abandonan avanzado el siglo I y, a lo sumo, a lo largo de la siguiente centuria. Un balance general indica que el «esplendor minero» se ciñó a época republicana. En este sentido, véase el completo trabajo de ANTOLINOS MARÍN, NOGUERA CELDRÁN, SOLER HUERTAS, 2010.

<sup>33</sup> VIZCAÍNO SÁNCHEZ, 2002, pp. 207-220.

ticular en Mazarrón<sup>34</sup> y Águilas, localidades que también previamente habían tenido recursos mineros ahora abandonados, y que viven un nuevo renacimiento en torno a este sector productivo. De modo particular sobresale el caso de la última población, que, tras experimentar una coyuntura recesiva durante el siglo III, pareja a la metrópoli, durante el siglo IV se vuelca en la actividad salazonera, imprimiendo un fuerte cambio a su fisonomía urbana. De esta forma, junto a la proliferación de factorías de *garum*, o vertederos con residuos de pescado vinculados a aquellas, algunos hitos del tejido altoimperial se transforman como consecuencia de la emergente tensión productiva. Es el caso, por ejemplo, de dos edificios termales, cuyas infraestructuras hidráulicas y sistemas de calefacción se reaprovechan para esta industria de derivados del pescado y la producción alfarera destinada a su almacenamiento<sup>35</sup>. Si en el caso de las producciones de esta localidad, su radio de difusión parece limitado, en la vecina de Mazarrón, la localización de sus ánforas (*spatheia*) en contexto subacuático prueba una comercialización, al menos, de alcance regional.

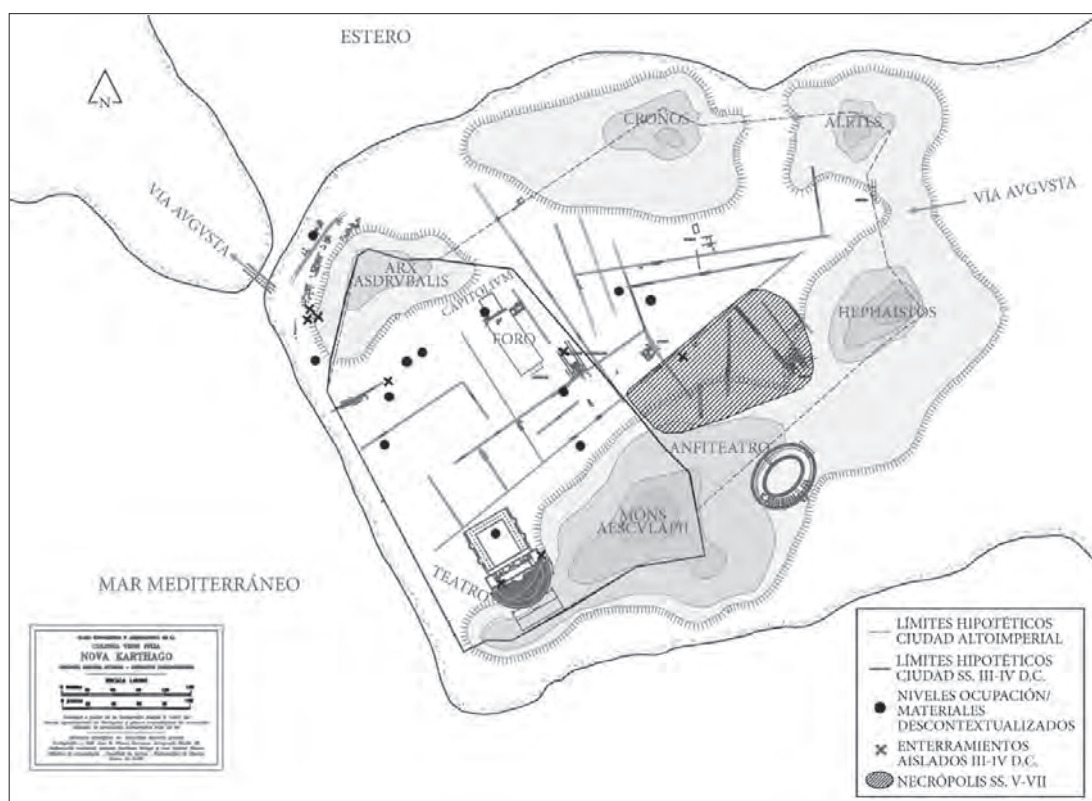


FIG. 1. — *Carthago Spartaria* entre los siglos v-vii.

FUENTE: RAMALLO ASENSIO, MURCIA MUÑOZ, VIZCAÍNO SÁNCHEZ, 2010, fig. 14, p. 234

Mayor interés reviste otro complejo alfarero de este mismo entorno, la *figlina* de El Mojón, con cinco hornos dispuestos radialmente en torno a un espacio central, junto a piletas de decantación y otras estructuras asociadas<sup>36</sup>. Con un *floruit* centrado entre la segunda mitad del siglo IV y mediados del siglo V, y una perduración hasta el primer cuarto del siglo VI, dicho alfar produjo diversos envases, especialmente anfóricos. Por cuanto sabemos, las ánforas de esta *figlina* se distribuyeron por la costa hispana, especialmente levantina, no faltando en otros puntos más lejanos como *Hispania* o *Tarraco*, así como, puntualmente, otros lugares del interior de la Cartaginense<sup>37</sup>.

Por el momento, a pesar de que *Carthago Spartaria* es el puerto de mayor actividad en el sureste hispano, cabecera de todo este distrito comercial, su núcleo urbano no parece acoger las típicas estructuras relacionadas con estas factorías. Resulta curioso, máxime cuando tenemos constancia

<sup>34</sup> PLINIUS, *Naturalis historia*, XXXI, 43, 91; STRABÓN, *Geografía*, III, 4, 6; RAMALLO ASENSIO, 2006, pp. 145-152.

<sup>35</sup> HERNÁNDEZ GARCÍA, 2010, pp. 273-279, destacando el surgimiento de modestas viviendas y núcleos cementeriales coetáneos.

<sup>36</sup> MARTÍNEZ, LÓPEZ, ALONSO CAMPOY, 2001, pp. 65-66.

<sup>37</sup> Junto a diversos *spatheia*, incluso se manufacturan tipos propios de la Bética, como los envases Keay XIX, Almagro LI o Matagallares, entre otros. A este respecto, BERROCAL CAPARRÓS, 2012, pp. 255-277.

de que otras ciudades costeras se ven literalmente «colonizadas» por piletas y balsas propias de la infraestructura salazonera. Ocurre así, por ejemplo, en *Malaca*, en cuyo teatro, ahora abandonado, se instalan toda una serie de piletas en época bajoimperial, que quedarán amortizadas en el mismo siglo v por una necrópolis asociada a elementos de ajuar considerados vándalos<sup>38</sup>. También el solar urbano de *Traducta* o *Septem* da cabida a estas factorías, colmatadas, de forma semejante, a finales del siglo v<sup>39</sup>. En el caso cartagenero, solo un enclave suburbano, el ligado a la isla de *Scombraria*, documenta posiblemente esta actividad<sup>40</sup>. Quizá, también antiguos hallazgos del barrio suburbano de Santa Lucía deban incluirse entre estas factorías<sup>41</sup>. Con todo, que el recinto *intra moenia* de *Carthago Spartaria* quede «intacto», no «invadido» por estos enclaves fabriles tradicionalmente confinados al ámbito periurbano, puede ser tomado, preliminarmente, como un síntoma de «clasicismo», esto es, de fidelidad al modelo tradicional de *civitas* que por todos medios se trata de volver a recrear, y que, como veremos, se conseguirá con desigual fortuna.

Sería erróneo pensar que solo el comercio de salazones, por más que próspero, nutriera exclusivamente la economía de la ciudad. En el marco de ese «renacimiento», otros sectores económicos debieron verse igualmente potenciados. Posiblemente, uno de ellos fue la agricultura, responsable de la reactivación que también experimenta el interior del Sureste, muy especialmente en el valle del Segura<sup>42</sup>. En este apartado, desempeña un papel fundamental el cultivo del esparto, especie herbácea que ya antiguamente había dado nombre a su *territorium*, el *campus spartarius*<sup>43</sup>. Que la «nueva» ciudad tardía, al igual que su homóloga «clásica», se siga nombrando ahora preferentemente así, *Carthago Spartaria*, hace pensar en una realidad presente más que un mero «guño» a glorias pasadas. Así, del mismo modo que ya Estrabón había consignado para época clásica la dinámica actividad tejida en torno a este, exportado «a todos los países, principalmente a Italia», la documentación escrita de épocas moderna y contemporánea sigue insistiendo en el mismo sentido, abogando por ponderar el verdadero peso que en estos siglos pudo tener toda una «industria», lamentablemente «invisible» desde el punto de vista arqueológico (fig. 2, p. 81)<sup>44</sup>.

Por otro lado, en este proceso de palingenesia, debió jugar también un papel fundamental el recobrado papel militar de la ciudad. La presencia de un beneficiario consular en el siglo ii ya parece prologar este rol<sup>45</sup>, en el marco de la definitiva extinción de la *pax augustea*. En la misma línea, aunque podría parecer un hallazgo menor, no hay que desdeñar el registro en el antiguo teatro, de una fíbula cruciforme (*Zwiebelknopffibeln*), que, circulando a partir de la última década del siglo iv, se suele asociar a funcionarios de alto rango y, de modo particular, a oficiales del ejército<sup>46</sup>.

En el siglo v, la ocupación vándala del norte de África, catapultará definitivamente su potencial geoestratégico. La vecindad al *regnum vandalarum*, tanto a Cartago como a las *insulae* bajo su soberanía, la convertían en una virtual cabeza de puente desde la que acometer las ofensivas imperiales. Dicho potencial debió favorecer nuevas concentraciones navales, como la que organiza Mayoriano en el 460, saldada, como sabemos, con una estrepitosa derrota<sup>47</sup>. El caso es que, décadas antes, en el 425, como nos informa Hydacio (77), los propios vándalos habían hecho uso de esta misma situación, para, tras una razia en las Baleares, saquear *Carthago Spartaria*. Se trata de un episodio sin refrendo arqueológico, pues, tanto la «reviviscencia» urbana como los contextos cerámicos asociados a la misma, no

<sup>38</sup> KÖNIG, 1981, p. 351; GARCÍA VARGAS, FERRER ALBELDA, 2001, p. 593; CORRALES AGUILAR, MORA SERRANO, 2005, p. 133, fig. 113; CORRALES AGUILAR, 2005, p. 128, fig. 7.

<sup>39</sup> Sobre dichos conjuntos, respectivamente, NAVARRO LUENGO, TORREMOCHA SILVA, SALADO ESCAÑO, 2000, pp. 223-228, y BERNAL CASASOLA, JIMÉNEZ-CAMINO ÁLVAREZ, LORENZO MARTÍNEZ, 2003; así como BERNAL CASASOLA, PÉREZ RIVERA 2000, p. 131.

<sup>40</sup> Se trata de un yacimiento altoimperial donde el hallazgo de material tardío hace pensar en una ocupación al menos hasta el siglo vi. Dicho yacimiento se ubica en las cercanías de *Scombraria*, la isla del *scomber*, especie acuática utilizada para la producción del *garum*. Sobre dicha ocupación tardía, MURCIA MUÑOZ, 2000, pp. 374-375, lám. 3.

<sup>41</sup> RAMALLO ASENSIO, 2011, p. 47, refiriendo hallazgos del siglo xviii.

<sup>42</sup> VIZCAÍNO SÁNCHEZ, 2010. Sobre el impulso a la ocupación bajoimperial del valle del Segura, con resultados muy notables, RAMALLO ASENSIO, GARCÍA BLÁZQUEZ, VIZCAÍNO SÁNCHEZ, 2012, pp. 329-374.

<sup>43</sup> PLINIUS, *Naturalis historia*, XIX, 7, 30.

<sup>44</sup> STRÁBÓN, *Geografía*, III, 4, 9. Sobre la secular importancia de la «industria» del esparto en la ciudad, vigente en época moderna, MONTJOJO MONTJOJO, 1993, pp. 172-174, p. 226, p. 229.

<sup>45</sup> SCHMIDT, 2006, pp. 187-189.

<sup>46</sup> Se trata del tipo Keller 6/Prötel 6. Sobre ese empleo, poseemos abundante documentación iconográfica, como es el caso, por ejemplo, del famoso díptico de Estilicón. Acerca del hallazgo, VIZCAÍNO SÁNCHEZ, 2008, pp. 45-50.

<sup>47</sup> HYDATIUS, *Continuatio Chroricorum*, 196, «*De litore Carthaginensi commoti vandali per proditores abripiunt*», analizado por ARCE, 2005, p. 210.

dejan ver destrucción alguna<sup>48</sup>. Sea como fuere, cabe insistir en la campaña de Mayoriano, pues, nos informa de la envergadura de la fallida expedición naval, y el revulsivo que su preparación debió ejercer en la zona. Así, Prisco indica que el emperador había conseguido reunir una flota de 300 barcos, en tanto Sidonio Apolinar recoge cómo la operación estaba siendo ya organizada al menos desde 458<sup>49</sup>.



FIG. 2. — Cargamento de esparto dispuesto en el cantil del puerto de Cartagena a finales del siglo XIX.

© Archivo Municipal de Cartagena

Creemos posible, en este sentido, una hipotética relación causal entre la efervescencia mercantil del Sureste hispano en el siglo V y la ocupación vándala. Así, por un lado, *Carthago Spartaria* se prestaba a ser «cuartel» para las operaciones romanas, cuya preparación y puesta en marcha precisaban de un aprovisionamiento sostenido tanto de víveres como de otras tantas mercancías, impulsando no solo el consumo productivo, sino también la actividad pareja de otros sectores ligados a las necesidades de la flota imperial, como, obviamente, las vinculadas a los astilleros.

Por otro lado, consideramos que la ciudad y su litoral pudieron verse beneficiadas por la conquista vándala del norte de África y el implícito reajuste de su tejido productivo y comercial. Tengamos en cuenta a este respecto, que la momentánea retracción de las exportaciones tunecinas hubo de propiciar nuevas oportunidades en el mercado mediterráneo, un «hueco» aprovechado por las cercanas factorías de salazón del Sureste<sup>50</sup>. Un análisis tipológico de los recipientes cerámicos del litoral cartaginense, de los *spatheia* manufacturados en sus *figlinae*, nos muestra, de hecho, cierta mimesis respecto a los *spatheia* africanos que habrían tenido como referente y a los que, puntualmente, debieron sustituir parcialmente en su ámbito geográfico, regional<sup>51</sup>. Los últimos estudios sobre las ánforas del alfar cartagenero de El Mojón, con un *floruit*, como hemos visto, centrado en esta etapa, y una intensa difusión por el litoral levantino, permiten mantener estos interrogantes.

En este escenario se inserta la intervención sobre una de las «piezas claves» del proceso, el mismo puerto de *Carthago Spartaria*, de cuyo mantenimiento da cuenta la documentación de una plataforma de sillares, posibles atarazanas, acompañada de un depósito cerámico tardío, que estaría en primera línea de costa<sup>52</sup>. Qué duda cabe, con todo, que el espacio se configuró de forma total-

<sup>48</sup> En este sentido, no en vano, de forma genérica, no solo para esta coyuntura, resulta difícil el reconocimiento de alanos o vándalos, hasta el punto de que llega a hablarse de «discreción arqueológica», como señala RIPOLL LÓPEZ 2001, p. 101. Sobre la controvertida adscripción vándala de algunos restos hallados en *Hispania*, PINAR GIL, RIPOLL LÓPEZ, 2008, pp. 105-130. En el mismo sentido, acerca de la experiencia vándala en *Hispania*, ARCE, 2005, pp. 103-108; ID., 2008, pp. 97-104.

<sup>49</sup> SIDONIUS APOLLINARIS, *Carmen*, V, 441-604.

<sup>50</sup> VIZCAÍNO SÁNCHEZ, 2010, p. 107.

<sup>51</sup> Sobre los ejemplares norteafricanos, BONIFAY, 2004, pp. 125-127. Respecto a la morfología de los envases de Águilas, Mazarrón o Isla Plana, RAMALLO ASENSIO, 1985a, pp. 435-442; MURCIA MUÑOZ *et alii*, 2005, pp. 9-10; y más recientemente, BERROCAL CAPARRÓS, 2012, pp. 255-277.

<sup>52</sup> ID., 1998, pp. 101-114. En el transcurso de la publicación de estas actas, recientes excavaciones han puesto al descubierto un nuevo sector del antiguo puerto. Con ello, el estudio en curso de estas nuevas evidencias está llamado a matizar o cambiar nuestras observaciones.

mente diversa al de siglos anteriores. De esta manera, si toda una serie de porticados toscanos permiten inferir para todo el frente portuario, al menos desde época tardorrepublicana, una cuidada estética urbana, ahora, todos ellos, casi sin excepción, se transforman en espacios utilitarios, mayoritariamente de finalidad artesanal. No se trata únicamente de la ocupación, del bloqueo, de los antiguos paseos cubiertos, sino de un desmantelamiento sistemático, utilizando sus piezas en la conformación de los nuevos habitáculos. Es el caso, por ejemplo, de las habitaciones que surgen en el extremo meridional del frente marítimo, a los pies del promontorio sobre el que hoy se eleva el gobierno militar. Durante el siglo v, la zona experimentó la transformación de su antigua disposición, compartimentándose mediante muros de factura heterogénea, provistos de abundante material reutilizado. En su interior, se diferenciaron rebancos de trabajo, estructuras de combustión y escorias de hierro, que denotan su carácter de fragua<sup>53</sup>. Que el sonido de los pasos deje lugar al del martilleo en los yunques, que el espacio pierda prestancia pero no vitalidad, debe recordarnos la complejidad de estos cambios, más allá de juicios tan categóricos como simplistas.

#### METAMORFOSIS URBANA Y LA SIGMA DE CARTHAGO SPARTARIA

*Porticum semirotondam, quae ex similitudine fabricae sigma Graeco vocabulo nuncupatur  
(Notitia Urbis Constantinopolitanae, 232)*

Durante el siglo v, *Carthago Spartaria* se ve inmersa en una nueva tensión edilicia, vertebrada en torno a la pujante actividad comercial. Participa, por tanto, de la metamorfosis que en época tardía «desfigura» la fisonomía de las antiguas *civitates*, «invadiendo» sus espacios representativos con tabernas y talleres<sup>54</sup>. Tal «invasión», con todo, como tantos otros fenómenos de esta etapa, dista de ser unívoca. Aquí, al igual que ocurre en otros lugares, sobre todo del Mediterráneo oriental, se muestra preferentemente como «monumentalización», erigiéndose en un ejemplo más, hasta cierto punto paradigmático, por analogías y diferencias respecto a sus pares, de la conversión de la *polis* en *emporion*<sup>55</sup>.

En efecto, dicho programa de monumentalización afecta únicamente a la mitad occidental de la ciudad (fig. 1, p. 79), en tanto el resto del antiguo perímetro urbano, abandonado en el curso del siglo III, no volverá a ocuparse. No hay que desdeñar tal cambio, en tanto, la nueva «edad dorada» no consigue repristinar el conjunto de la *civitas*. Queremos insistir en ello, pues, tan erróneo como no apreciar ese dinamismo, sería dejarse eclipsar por sus brillos y no atender al conjunto de la mutada realidad urbana. Con ello, es necesario calibrar una contundente contracción, que, quizá de forma más acusada a cuanto ocurre en otras ciudades, hizo que el recinto habitado pasase de c. 43 ha a c. 17 ha, distribuidas entre los cerros de la Concepción y Molinete, en torno al puerto. El sector oriental abandonado, atravesado por el decumano de ingreso a la ciudad, alumbra durante este siglo una necrópolis, asentada sobre un antiguo barrio residencial. El trazado de ese extinto barrio altoimperial, diseminado por las laderas de los cerros de la Concepción y Despeñaperros y la vaguada que surge entre ellos, permanecía aún visible durante el siglo v, de modo que, su parcelario, con las antiguas calzadas, o incluso las habitaciones de las viviendas, sirvieron para distribuir los distintos enterramientos, cuya construcción se nutre también abundantemente de los materiales de las *domus* arruinadas (figs. 3-4, p. 83)<sup>56</sup>.

El carácter masivo de dicho conjunto cementerial, que seguirá creciendo durante los dos siglos siguientes, así como su trama compacta, o el hecho de que en esta mitad oriental no se registren otros indicios de ocupación más que esporádicos puntos de vertido, nos han llevado a defender su carácter *extra moenia*, suburbano<sup>57</sup>. Con todo, no hay trazas sobre la muralla tardía que habría de amoldarse al nuevo perímetro habitado y que, en época bizantina, como nos recuerda un epígrafe, será embellecida por el *magister militum Comitiolus*. Solo una serie de argumentos indirectos parecen apuntar a que dicho cerco siguiese el mismo trazado que más adelante ocuparán las murallas

<sup>53</sup> RAMALLO ASENSIO, VIZCAÍNO SÁNCHEZ, 2011, p. 240.

<sup>54</sup> Queremos destacar, en este sentido, el trabajo pionero de KENNEDY, 1985, pp. 3-27, «preñado» de ideas que han marcado la historiografía sobre los cambios urbanos.

<sup>55</sup> Precisamente, así, se titula el trabajo de LAVAN, 2012, que seguiremos citando en las siguientes líneas.

<sup>56</sup> MADRID BALANZA, VIZCAÍNO SÁNCHEZ, 2009, pp. 191-209.

<sup>57</sup> RAMALLO ASENSIO, MURCIA MUÑOZ, VIZCAÍNO SÁNCHEZ, 2010, pp. 233-247.

de época moderna, enlazando los mencionados cerros<sup>58</sup>. Hay que valorar también para ello, que las obras de fortificación acometidas en el curso del siglo XVI fosilizaron parte del antiguo encintado de las épocas púnica y romana, adosándose a este en algunos tramos, si bien, en otros, conllevaron un completo desmantelamiento y aún incluso arrasamiento de las estructuras previas<sup>59</sup>.



FIG. 3. — Vista de la necrópolis del sector oriental de *Carthago Spartaria*, delimitada por los *cardines* altoimperiales.

FOTOGRAFÍA: M<sup>a</sup> José Madrid Balanza



FIG. 4. — Tumbas de la necrópolis del sector oriental de *Carthago Spartaria*, instaladas sobre una antigua *domus* altoimperial.

FOTOGRAFÍA: M<sup>a</sup> José Madrid Balanza

<sup>58</sup> RAMALLO ASENSIO, VIZCAÍNO SÁNCHEZ 2007, pp. 494-522; y sobre el cerco bizantino, VIZCAÍNO SÁNCHEZ, 2009, pp. 417-420.

<sup>59</sup> Sobre los encintados modernos, MARTÍNEZ LÓPEZ *et alli*, 2014, pp. 179-204.

Por el contrario, el recinto occidental ocupado, escenario de los equipamientos cívicos desde época tardorrepublicana, nos muestra para época tardía un balance dispar, incardinado en la mutación urbana de estos siglos<sup>60</sup>. Por cuanto sabemos, a pesar del «repliegue», la concentración de la población no produjo tampoco una trama urbana cohesionada. Antes bien, el nuevo urbanismo alumbró áreas con una elevada densidad de ocupación, que intercalaron entre sí «espacios vacíos», abandonados desde la coyuntura involutiva de los siglos II o III. En este nuevo esquema, hasta cierto punto «polinuclear»<sup>61</sup>, las mencionadas áreas actuaron bien como canteras, abasteciendo con sus materiales a la nueva arquitectura<sup>62</sup>, bien como áreas de vertido, o quizá, también, aunque en este extremo nos movemos en el terreno de la especulación, como nuevos huertos urbanos. La existencia de esos espacios de vertido ilustra, igualmente, de los cambios experimentados en la concepción del espacio urbano, una vez que su antigua red de saneamiento parece quedar en buena parte colapsada<sup>63</sup>. Cabe notar, en cualquier caso, que el vertido de residuos intramuros, al menos hasta época bizantina, parece controlado, limitado en su volumen, confinando al espacio suburbano una práctica que le es más propia.

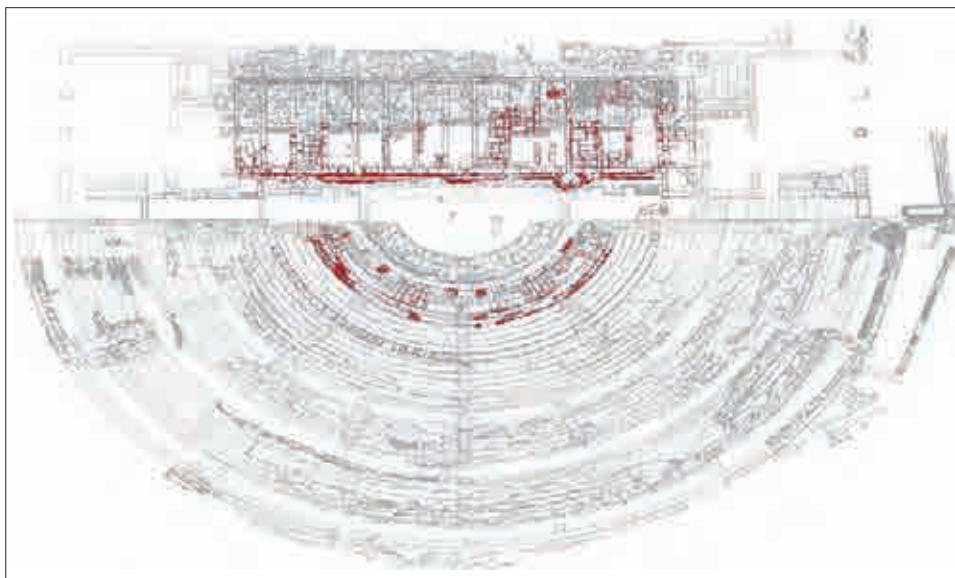


FIG. 5. —Mercado-almacén de *Carthago Spartaria* sobre el teatro augusteo.

© Archivo fotográfico del Museo del Teatro Romano de Cartagena

En este cuadro de profundas transformaciones, durante el siglo V se detecta también un fuerte empuje edilicio. Nuevos edificios y vías siguen un lenguaje monumental que trasciende los fines meramente utilitarios. En ellos, claro testimonio de una implicación activa en la dotación y mantenimiento de las infraestructuras públicas visible en otras urbes tardías<sup>64</sup>, incluso es posible percibir una evidente voluntad estética<sup>65</sup>. Este empeño se encuentra mutado, sin duda, respecto a los programas de monumentalización pretéritos, pero no por ello aparece desprovisto de una misma intencionalidad ideológica: privilegiar el *publicum decus*, sobre todo ahora, en una coyuntura en la que los avatares del Imperio en Occidente parecen comprometer su misma supervivencia. Se trata así, de una arquitectura de prestigio destinada a satisfacer las necesidades de estatus y proyección de esta nueva capital provincial. Amoldada, por tanto, a la medida de las renovadas exigencias representativas, revela también la preocupación que muestra la legislación imperial hacia el mantenimiento de

<sup>60</sup> La bibliografía sobre los cambios urbanos es ya prolija y difícilmente reseñable en el marco de un trabajo de este tipo. Únicamente citamos algunas aportaciones de especial relevancia, como los trabajos de CHRISTIE, LOSEBY, 1996; LEPPELLEY, 1996; BROGIOLO, WARD-PERKINS, 1999; así como LIEBESCHUETZ, 2001. Igualmente, el tema ha sido ampliamente tratado por la historiografía española, nutrida de múltiples aportaciones notables, entre las que queremos destacar las de GUTIÉRREZ LLORET, 1996; GURT I ESPARRAGUERA, 2000-2001; ARCE, 2005, pp. 213-234.

<sup>61</sup> VIZCAÍNO SÁNCHEZ, 1999, pp. 87-98.

<sup>62</sup> ID., 2002, pp. 207-220.

<sup>63</sup> EGEA VIVANCOS, VIZCAÍNO SÁNCHEZ, RUIZ VALDERAS, 2011, pp. 281-296.

<sup>64</sup> BRANDES, 1999, pp. 29-30.

<sup>65</sup> Sobre este particular, JACOBS, 2013.

la *dignitas* cívica<sup>66</sup>. Las intervenciones parecen llamadas a convertirse en símbolos indiscutibles de «romanidad arquitectónica», precisamente ahora, en un periodo en el que como insisten los *topoi* literarios y epigráficos, se trata de conjurar la progresiva disolución de la *romanitas*.

Posiblemente, el mejor emblema de este proceso, verdadero icono arquitectónico de toda una fase, es el mercado almacén (fig. 5, p. 84) construido sobre el antiguo teatro augusteo, abandonado ya a finales del siglo II d. C.<sup>67</sup>. Por cuanto sabemos, tras un episodio de incendio, el vetusto edificio de espectáculos solo llegó a experimentar una mínima reactivación de su papel lúdico, que apenas comportó cierta adecuación constructiva, por lo demás, acotada a un breve lapso de tiempo. A partir de entonces, acabó siendo únicamente solar y cantera para el mencionado *macellum*, más acorde a la renovada orientación comercial de la ciudad. Su erección se puede situar hacia el segundo cuarto del siglo V, gracias tanto al depósito cerámico, como a una limitada pero significativa evidencia numismática, que comprende 1 AE3 del tipo *Fel Temp Reparatio*, 1 AE4 del tipo *Vot X Mvlt XX*, y 1 AE4 de Honorio, este último (395-402 d. C.), proporcionando la fecha más reciente<sup>68</sup>.

Todo apunta a la correlación entre el desmantelamiento del otrora teatro y la construcción del nuevo complejo comercial. En efecto, la *cavea*, salvo en su sector inferior, epicentro precisamente de la nueva instalación, se ve desprovista completamente de todas las piezas calizas que revistieron tanto sus gradas como *scalae*. En este sentido, salvando la acción intrusiva de las fosas de etapas posteriores y su impacto en este substrato, se percibe un aspecto mayoritariamente homogéneo, que lleva a deducir que el proceso de retirada de esa «epidermis» pétreo, debió producirse muy rápidamente (inmediato a la construcción del mercado), y, además, bajo la dirección de una o pocas iniciativas (fundamentalmente la mencionada construcción). De haber sido de otro modo, los distintos sectores del graderío habrían tenido diversa suerte, algunos incluso podrían haber quedado cubiertos, y quizá, conservar su revestimiento; en tanto otros, fruto de diferentes previsiones, habrían experimentado mayor merma. No obstante, insistimos, las trazas de extracción son bastante uniformes, de modo que, cada vez parece más claro que el teatro se ve libre hasta el siglo V de un proceso a gran escala para la recuperación y reutilización de material. Otra cuestión sería determinar si esto responde a una continuidad de uso casi ininterrumpida del edificio (con mutadas funciones), al esfuerzo de la administración para la conservación, o bien simplemente, a una débil actividad edilicia en la ciudad (en consonancia con los cambios económicos de los siglos II y III), que en consecuencia ejercería una mínima presión para la recuperación de material. Sea como fuere, se desprende de ello la perpetuación de la propiedad pública, que garantizó *grosso modo* la integridad del edificio, a pesar de su abandono, y solo en un último momento acabó permitiendo su expolio, ejecutado también por la autoridad pública, con destino a un nuevo equipamiento común, el mercado-almacén. Conviene tenerlo presente, pues, la transformación, si bien rupturista en cuanto a cambios de funcionalidad —implica el cese del uso lúdico— no planteó un cambio de propiedad y tampoco de iniciativa edilicia, dándonos cuenta del vigor de lo público, del funcionamiento de la comunidad cívica, en un momento en el que en otras ciudades del Imperio, esta da síntomas de progresiva desaparición, espoleada por tensiones particularistas.

En la misma Cartagena, tampoco otros sectores o edificios se ven libres de ese proceso de «enajenación», circunstancia que también hemos de tener en cuenta a la hora de valorar las dinámicas experimentadas en el teatro, en tanto parecen indicar que, aun abandonado, nunca perdió su papel de emblema, sin duda, por todo cuanto había significado para la *civitas*, así como por su misma ubicación central en la topografía urbana y su envergadura material.

Incluso, el edificio escogido para esta «mutación», un *macellum*, no debió ser casual, pues, plenamente acorde al renovado pulso comercial en el que *Carthago Spartaria* cimenta su recuperado esplendor, es un equipamiento público que, abandonado en un número no desdeñable de ciudades<sup>69</sup>, materializa en esta la voluntad de retorno al *pristinum decus*, consiguiendo dotar a la comunidad cívica de las comodidades de los tiempos pasados. Sabemos, así, que los *macella* se cuentan entre los edificios que aún a finales del siglo V integran el *publicum decus*, tal y como dejan ver testimonios como el de

<sup>66</sup> *CTh.* 14, 6, 3: «*Statum urbis aeternae reformare cupientes ac providere publicorum moenium dignitati*».

<sup>67</sup> Sobre el nuevo edificio comercial, referenciando los trabajos precedentes, RAMALLO ASENSIO, VIZCAÍNO SÁNCHEZ, 2011, pp. 241-245.

<sup>68</sup> MURCIA MUÑOZ *et alii*, 2005, pp. 1-36.

<sup>69</sup> Es el caso así, por ejemplo, de Sagalassos: RICHARD, 2008. Véase, igualmente citando más casos de abandono, DE RUYT, 1983, pp. 270-271.

Sidonio Apolinar, al describir las bondades de Narbona<sup>70</sup>. En la misma Roma, en el último cuarto del siglo IV se agranda el mercado de Livia por iniciativas sucesivas de Valentiniano, Valente y Graciano, o entre el 418 y el 420, se restaura y decora el de Ostia, por mandato del prefecto de la ciudad<sup>71</sup>.

La erección del mercado-almacén sobre el primitivo teatro debe tomarse así como una intervención de amplio calado simbólico, en tanto expresión de la recobrada *dignitas* y el intento de fomentar una nueva *amoenitas urbis*, máxime, en un espacio geográfico, el de la provincia Cartaginense, donde, a tenor de la documentación disponible, la última reforma de un *macellum* parece retrotraerse a época antonina<sup>72</sup>. Por estas mismas razones, cabe suponer, quizá, que en el contexto del mutado evergetismo en época tardía, fuese la misma casa imperial la que financie los trabajos, como se documenta en otros lugares<sup>73</sup>.

El mercado-almacén de *Carthago Spartaria* (fig. 6) se articuló en torno a dos cuerpos principales: un eje lineal de *tabernae* y una exedra porticada, que circunda la antigua *orchestra*, ahora transmutada en plaza central<sup>74</sup>. Se trataría, por tanto, de un modelo de mercado compuesto, dotado de un anexo monumental, como deja ver la epigrafía<sup>75</sup>.



FIG. 6. — Recreación virtual del mercado-almacén de *Carthago Spartaria*.

ELABORACIÓN: Balawat y Museo del Teatro Romano de Cartagena

El cuerpo principal, levantado sobre la antigua plataforma escénica y la *frons pulpiti*, cuenta con una longitud de 43,60 m, compartimentándose en 15 *tabernae* dispuestas en batería (fig. 7, p. 87). Dicho número parece seguir, de hecho, la medida canónica de este tipo de establecimientos, compartida por la mayoría de mercados itálicos y africanos<sup>76</sup>. Las *tabernae*, a menudo también llamadas *ergasteria* en ámbito oriental y, ocasionalmente, *meritoria*<sup>77</sup>, además de contar con la sustentación dada por la plataforma cementicia de la *scaenae frons*, se dotaron de profundas cimentaciones en el foso del *hyposcaenium*, que reutilizaron gran cantidad de elementos arquitectónicos y decorativos del antiguo teatro. El foso fue rellenado igualmente con grandes sillares de arenisca procedentes de la *frons pulpiti*, nivelándose a través de un estrato de arenisca triturada.

<sup>70</sup> SIDONIUS APOLLINARIS, *Carmen*, XXXIII, 42.

<sup>71</sup> DE RUYT, 1983, p. 259, p. 354. Sobre la vigencia y aun potenciación de estos equipamientos en época tardía, LAVAN, 2012, pp. 341-347.

<sup>72</sup> Nos referimos al del *municipium* flavio de *Allon*, en la cercana provincia alicantina, donde una *mensa* testimonia la restauración del complejo en las postrimerías del siglo II, por parte de dos miembros de su élite local, *M. Sempronis Hymnus* y su hijo (*CIL* II 3570). Sobre la inscripción, único resto documentado del edificio, CEBRIÁN FERNÁNDEZ, 2000, pp. 54-55.

<sup>73</sup> DE RUYT, 1983, pp. 351-355.

<sup>74</sup> Para la descripción del edificio comercial, RAMALLO ASENSIO, VIZCAÍNO SÁNCHEZ, 2011, pp. 240-245.

<sup>75</sup> Ya sea bajo la forma de *chalcidicum*, *porticum* o *aream*, entre otros, como recoge DE RUYT, 1983, p. 284, pp. 292-293.

<sup>76</sup> En concreto, entre 10 y 15 *tabernae* suelen tener los *macella* itálicos; y entre 15 y 20, los africanos, como recoge DE RUYT, 1983, p. 302.

<sup>77</sup> *Ibid.*, p. 302.



FIG. 7. — Eje de *tabernae* del mercado-almacén de *Carthago Spartaria*.

© Archivo fotográfico del Museo del Teatro Romano de Cartagena

Conviene reparar en la técnica constructiva, pues, denota un peculiar *modus operandi* en la ya asentada práctica de reutilización. En esta, las obras de cimentación habían desempeñado una doble finalidad, en tanto, la necesaria sustentación del *macellum* también precisaba de la excavación de zanjas, convertidas, simultáneamente, en virtud del reaprovechamiento del espacio, en una suerte de fosas de expolio del teatro augusteo. Se hace así patente la calculada mecánica de todo un proceso, en el que cada una de las fases encuentra su lógica, concatenadas a modo de eslabones. Subyace un evidente planeamiento arquitectónico, que optimiza esfuerzos y materiales, bajo la premisa de la rentabilidad.

De modo particular, a diferencia de cuanto ocurre en otras construcciones y, especialmente, a partir del siglo siguiente, podríamos hablar de un cuidado orden compositivo, de modo que, por ejemplo, los volúmenes cilíndricos, fustes o capiteles del antiguo teatro, se alinean en los *fundamenta* (fig. 8, p. 88), como también podemos apreciar en diversos edificios de este mismo periodo<sup>78</sup>. Esta práctica de reutilización se revela esencial, cubriendo la demanda edilicia del siglo V, que, por cuanto sabemos, a pesar del renovado «empuje», no logra reactivar las antiguas canteras del entorno de la ciudad, ya abandonadas desde el siglo II<sup>79</sup>.

<sup>78</sup> Es el caso, por ejemplo, de la basílica oriental de Mavropapa, en cuyo ábside, apreciamos similar alineación de tambores en la cimentación (BALDINI LIPPOLLIS, 2011, fig.5). De hecho, dicho paralelo no solo ilustra del recurso a soluciones similares en diversas partes del Mediterráneo, sino también, quizá, de la inspiración oriental que la articulación de nuestro conjunto parece denotar.

<sup>79</sup> En este sentido, solo parece documentarse la frecuentación de las canteras de piedra arenisca situadas en la localidad homónima de Canteras, cercana a la ciudad, y quizá también, la de mármol del Cabezo Gordo. Sobre este particular, SOLER HUERTAS *et alii*, 2014, pp. 285-309.



FIG. 8. — Cimentación de una taberna del mercado-almacén de *Carthago Spartaria*.

© Archivo fotográfico del Museo del Teatro Romano de Cartagena

Sea como fuere, los compartimentos que componen el mercado presentan unas dimensiones uniformes de 2,5 m de ancho por 11 m de longitud. En este sentido, si bien la limitada anchura presenta paralelos en mercados como el de *Bulla Regia*<sup>80</sup>, su profundidad les confiere un peculiar módulo alargado frente a las *tabernae* propias de los *macella* romanos, normalmente de tendencia más cuadrangular. A este respecto, la mencionada estrechez, muestra cierta similitud con las *cellae* o compartimentos de los *horrea* o almacenes.

La uniformidad también se repite en cuanto a la disposición de los ingresos a cada una de ellas, abriendo alternativamente, dos *tabernae* al norte y una al sur. Se trata de una cadencia que advierte del proyectado ritmo arquitectónico, propiciando soluciones por más que básicas, efectistas.

La pavimentación se realiza a través de un enlosado de caliza local, e incluye elementos reutilizados. Es patente la regularidad de su disposición, conformada por grandes losas. Material y técnica encuentran plena identidad en el enlosado de la exedra, mostrando una cuidada ejecución en la que la preocupación estética no parece ser menor.

En cuanto a los muros que separan estos espacios, que incluyen abundante material reutilizado, destacan por un aparejo característico, recuerdo del *opus africanum* (fig. 9, p. 89). Consiste en tramos de sillarejo regular bien careado, dispuesto en hileras horizontales, y trabado con grandes pilastras colocadas de forma vertical. Precisamente, la inserción regular en el eje central de estos muros, de fustes de columna reutilizados, abriría paso a distintas hipótesis. Bien podría tratarse de una compartimentación interior de cada uno de estos departamentos, de cuyos tabiques, empero, no queda más rastro; bien de su papel de soporte, sustento, ya para una hipotética cubierta a dos aguas, cuando no, de la existencia de un piso superior. Sabemos, en esta dirección, que estos establecimientos solían contar con ese espacio elevado, que aumentaba las posibilidades del negocio, se habilitaba para guardar pertrechos o incluso llegaba a servir de modesto dormitorio a sus empleados<sup>81</sup>.

<sup>80</sup> DE RUYT, 1983, p. 50, fig.18. A este respecto, la autora comenta que la *ratio* se sitúa entre los 2 y 2,5 m, si bien hay extremos por ambos lados, tanto de puertas muy estrechas, de tan solo 1,60 m, como de puertas muy anchas, con hasta 4 m (pp. 315-316).

<sup>81</sup> LAVAN, 2012, p. 353.



FIG. 9. — Muro de compartimentación de una *taberna* del mercado-almacén de *Carthago Spartaria*.

© Archivo fotográfico del Museo del Teatro Romano de Cartagena

El caso es que, en su interior se pudo documentar un repertorio heterogéneo de formas cerámicas, tanto de vajilla fina como de almacenamiento y transporte de aceite, vino o *garum*, traídos del norte de África, Oriente o la cercana Bética<sup>82</sup>. La diversidad de estos materiales impide pronunciarse acerca de una hipotética especialización en el acopio de ciertas mercancías. A este respecto, hemos de tener en cuenta que, si bien los textos parecen indicar que en época tardía los *macella* se dedican especialmente al comercio de carnes, adquiriendo prácticamente el valor de sinónimo de carnicería y matadero<sup>83</sup>, conjuntos como el de Ostia, restaurado en 418-420, muestran una dedicación mixta, incluyendo también el pescado. De hecho, junto a estos mercados, no se han de olvidar conjuntos comerciales coetáneos, como los de *Sardis*, Éfeso, *Iustiniana Prima* o Escitópolis, donde los distintos establecimientos se consagran a funciones diversas<sup>84</sup>. En nuestro caso, aunque es necesario mantener la cautela, algún indicio indirecto permite especular sobre los primitivos usos. Así, dentro de la nómina de hallazgos «menores», es significativo el registro de un peculiar sistema de cierre en bronce, que se suele asociar al etiquetado de mercancías selectas, informando sobre la naturaleza de algunos de los bienes en venta<sup>85</sup>.

Por otra parte, las *tabernae* quedan flanqueadas al norte y sur, respectivamente, por una calle de tres metros, y una atarjea. Esta última, dispuesta aproximadamente sobre la *frons pulpiti*, está cubierta por placas de caliza reutilizadas, que, de forma consecuente a su función, ocasionalmente se encuentran perforadas por sumideros cónicos. No en vano, se trata de una infraestructura característica de este tipo de mercados, garante de la estanqueidad de las *tabernae*, aquí incluso, más necesaria, habida cuenta los problemas de drenaje motivados por la pendiente del antiguo graderío. Con todo, no se documenta ningún tipo de fuente conectada a la misma, pese a lo que resulta común, siendo descartable que la modesta cisterna que se talló sobre la *cavea* tras su abandono, siguiese en uso<sup>86</sup>.

<sup>82</sup> MURCIA MUÑOZ *et alii*, 2005, pp. 1-36.

<sup>83</sup> DE RUYT, 1983, p. 233, pp. 271-273.

<sup>84</sup> MUNDELL MANGO, 2000, pp. 193-195.

<sup>85</sup> MANGANARO, 2002, p. 553, fig. 1-3.

<sup>86</sup> Sobre la mencionada cisterna, EGEA VIVANCOS, 2003, p. 115.



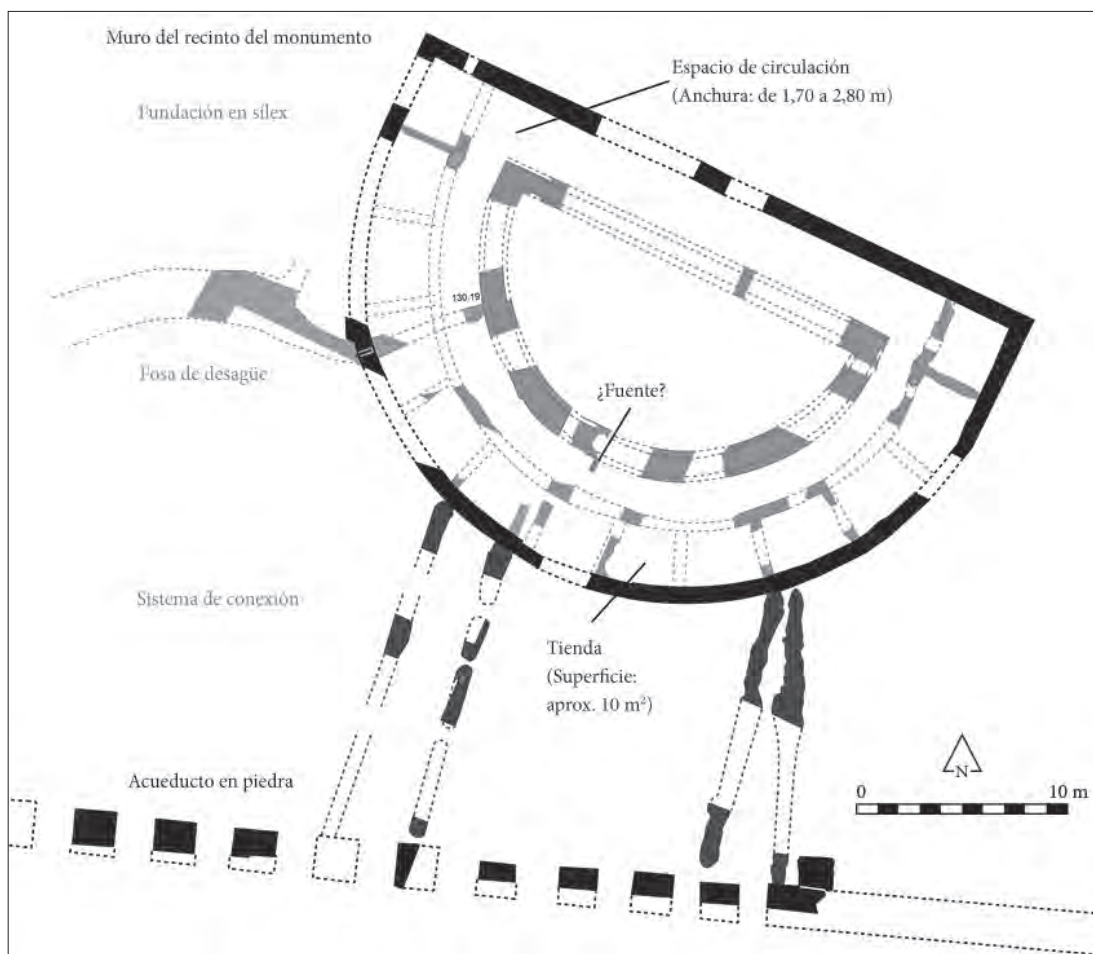
FIG. 10. — Pavimentación de la exedra del mercado-almacén de *Carthago Spartaria*.

© Archivo fotográfico del Museo del Teatro Romano de Cartagena

La canalización separa el eje de *tabernae* de una calle de 6 m de ancho, recrecida sobre los antiguos *aditus*. Esta limitaría la amplia plaza semicircular que fosiliza el espacio de la antigua *orchestra*. Se trata de un espacio intermedio, de tránsito, de modo que, frente a las soluciones constructivas empleadas en los dos cuerpos del edificio, este se pavimenta únicamente con tierra apisonada. Se echa en falta el característico *tholos macelli*, aquí sustituido por un área diáfana.

Circunda esta plaza, el segundo cuerpo del edificio, una monumental exedra porticada de 28 m de diámetro, levantada sobre la *ima cavea*, a su vez rodeada por otra galería superior. La logia cuenta con un diámetro de 39 m, siendo accesible a través de una escalera situada sobre el *analemma* occidental. La exedra (fig. 10) se pavimenta con placas de caliza reutilizadas, con un mismo módulo y disposición a las empleadas en las *tabernae*. Dicho suelo sirve de asiento a una columnata frontal y un rebanco posterior, adosado al muro de cierre, ejecutado en un esmerado *opus vittatum*. Las medidas de los intercolumnios, 2,5 m, son similares a las existentes entre la columnata y el rebanco de fondo, la anchura de la galería superior, o la de las *tabernae* dispuestas sobre el *proscenium* del edificio, todo lo cual parece probar una cuidada modulación.

No obstante, la ejecución de las dos galerías muestra distinta atención, y así mientras la primera cierra con el muro de *opus vittatum*, la segunda lo hace con un muro formado por las piezas de las *scalae* reutilizadas. Respecto a esto último, volvemos a llamar la atención sobre la uniformidad que rige la práctica de reaprovechamiento constructivo, frente al comportamiento más aleatorio de siglos posteriores.

FIG. 11. — *Macellum* de Vieil-Évreaux.

FUENTE: GUYARD, BERTAUDIÈRE, 2009-2010 (modificado). DIBUJO: MADE - CG 27 (abril, 2008)

Lo cierto es que la existencia de exedra porticada es bastante frecuente en distintos *macella*, en especial del norte de África, con ejemplos severianos como el tunecino de Gigthis o el argelino de Thamugadi, probablemente derivados del prototipo del mercado exedra establecido en los Mercados de Trajano<sup>87</sup>. El éxito de la fórmula motivó también su empleo en otras provincias, como la Galia, donde encontramos el ejemplo de Vieil-Évreaux, construido en el segundo cuarto del siglo III (fig. 11)<sup>88</sup>. Se trata, no en vano, de un modelo que continuó y se potenció en las décadas siguientes, momento en el que podemos destacar la denominada *sigma* de la calle Paladio de Escitópolis (fig. 12, p. 92). En esta, un hemicíclo semicircular compartimentado en pequeñas estancias, erigido bajo el mandato del *archon* *Theosebius* y el *protos Silvinus* (506/507), abre a una vía comercial porticada<sup>89</sup>. En este punto, las analogías con el conjunto cartagenero son evidentes, pues, aunque este no cuenta con la sucesión de niveles que apreciamos en la ciudad hispana, o recurre a una mayor ornamentación, con revestimientos marmóreos o pavimentos musivos para algunas de las estancias, su modulación es muy similar, ocupando un diámetro de *c.* 40 m, en el que se integran 12 unidades. Incluso, de alguna forma, su secuencia constructiva es paralela, pues, también esta nueva plaza porticada de Bet Shean se construye sobre el solar de uno de sus edificios de espectáculos, en este caso, el odeón.

<sup>87</sup> DE RUYT, 1983, p. 76 / fig. 29; p. 194 / fig. 71; pp. 288-289.

<sup>88</sup> Se trata del edificio inacabado de Champ des Os, cuya interpretación funcional se ha prestado a diversas hipótesis. Sus dimensiones resultan ciertamente similares a las del conjunto cartagenero, situándose su diámetro en 32,25 m. Igualmente, cuenta con 13 *tabernae*, si bien, instaladas en la misma exedra. Sobre el mismo, GUYARD, BERTAUDIÈRE, 2009-2010, pp. 15-41.

<sup>89</sup> En este caso, el edificio se construye siendo *archon* *Theosebius* y *protos Silvinus*, hijo de *Marinus*, en el año 506/7. TSAFRIR, FOERSTER, 1997, p. 116, p. 121, fig. 28-29.

FIG. 12. — *Sigma* de Bet Shean.

FOTOGRAFÍA: Jaime Vizcaíno Sánchez

Sin embargo, a diferencia de lo que es propio de los *macella*, ya africanos u orientales, en *Carthago Spartaria* no se ha documentado la compartimentación de las exedras, configurándose, por el contrario, como galerías anulares continuas. De este modo, dicho cuerpo parece desvestirse de su finalidad utilitaria, para concebirse exclusivamente a modo de logia monumental. Cabe recordar, a este respecto, un epígrafe procedente de la ciudad griega de Mantinea y datado en época augustea, donde, de hecho, la exedra de su *macellum* aparece destacada como el principal ornato de la ciudad<sup>90</sup>.

En este orden de cosas, la configuración de esta logia en exedra se encuentra en plena sintonía con la arquitectura áulica de comienzos del siglo V. Hemos de tener en cuenta, no obstante, que el léxico de este lenguaje monumental que potencia las connotaciones «escenográficas» del hemiciclo, cuenta con precedentes, de modo que a finales del siglo III aparece ya «importado» en *Hispania*, en complejos áulicos como el de Cercadilla<sup>91</sup>. Por cuanto sabemos, las fórmulas seguirán complejizándose, teniendo como ejemplos paradigmáticos el hemiciclo que precede y vertebrata edificios del tipo del Palacio del *praepositus* Antíoco en Constantinopla, construido, como indican los últimos estudios c. 429-439<sup>92</sup>, o el vecino y controvertido «Palacio de Lausus», también de esta centuria<sup>93</sup>. De hecho, se ha llegado a proponer que este modelo de porticado semicircular o en *sigma*, ahora concebido con una implícita función comercial y no solo áulica, se gestase en Constantinopla durante época teodosiana, exportándose a otros lugares como el mercado de Escitópolis o el edificio de Bostra<sup>94</sup>. Las investigaciones muestran el éxito de este vocabulario arquitectónico durante los siglos V y VI, añadiendo cada vez más ejemplos, sobre todo, en el Mediterráneo oriental, como Stobi, Corinto o Philippos (fig. 13, p. 93)<sup>95</sup>.

En virtud de lo expuesto, parece inferirse que el *macellum* cartagenero es receptor de esta misma moda edilicia, que hunde sus raíces en las potencialidades escenográficas del hemiciclo. En *Carthago Spartaria*, la *cavea* abandonada se presenta como el escenario idóneo para decantarse por tal solución, que, en su vertiente urbana, con carácter de porticado comercial, goza de especial éxito a partir de época teodosiana. Resulta factible, por tanto, encuadrar el edificio hispano en el género de *sigma*, según la definición que aporta la *Notitia Urbis Constantinopolitanae* (232), escrita c. 447-450 durante el rei-

<sup>90</sup> Sig II 783, recogida por DE RUYT, 1983, pp. 107-108, p. 288. En el mismo sentido, sobre el esmerado tratamiento ornamental del que son objeto estos *macella*, pp. 322-325.

<sup>91</sup> HIDALGO PRIETO, 2013.

<sup>92</sup> GREATREX, BARDILL, 1997, pp. 171-197, incidiendo, de forma especial, en la datación proporcionada por los sellos latericios. Por lo demás, la exedra constantinopolitana supera en tamaño (60 m de diámetro) como, obviamente, en formulación monumental, a la del conjunto cartagenero.

<sup>93</sup> BARDILL, 1997, pp. 67-95.

<sup>94</sup> MUNDELL MANGO, 2001b, p. 37, n. 35

<sup>95</sup> LAVAN, 2012, pp. 346-347, pp. 368-369, fig. 14.7.

nado de Teodosio II. En nuestro caso, habría de desempeñar una funcionalidad híbrida, fundiendo en un mismo esquema, las exigencias propias de estas instalaciones utilitarias, con otras potencialidades estéticas propias de una arquitectura «de prestigio». Cabe notar, empero, que, a diferencia de cuanto parece ocurrir en casi todos los ejemplos que adoptan el modelo edilicio de hemiciclo monumental, la de *Carthago Spartaria*, se nos presenta desvinculada de una gran avenida porticada.

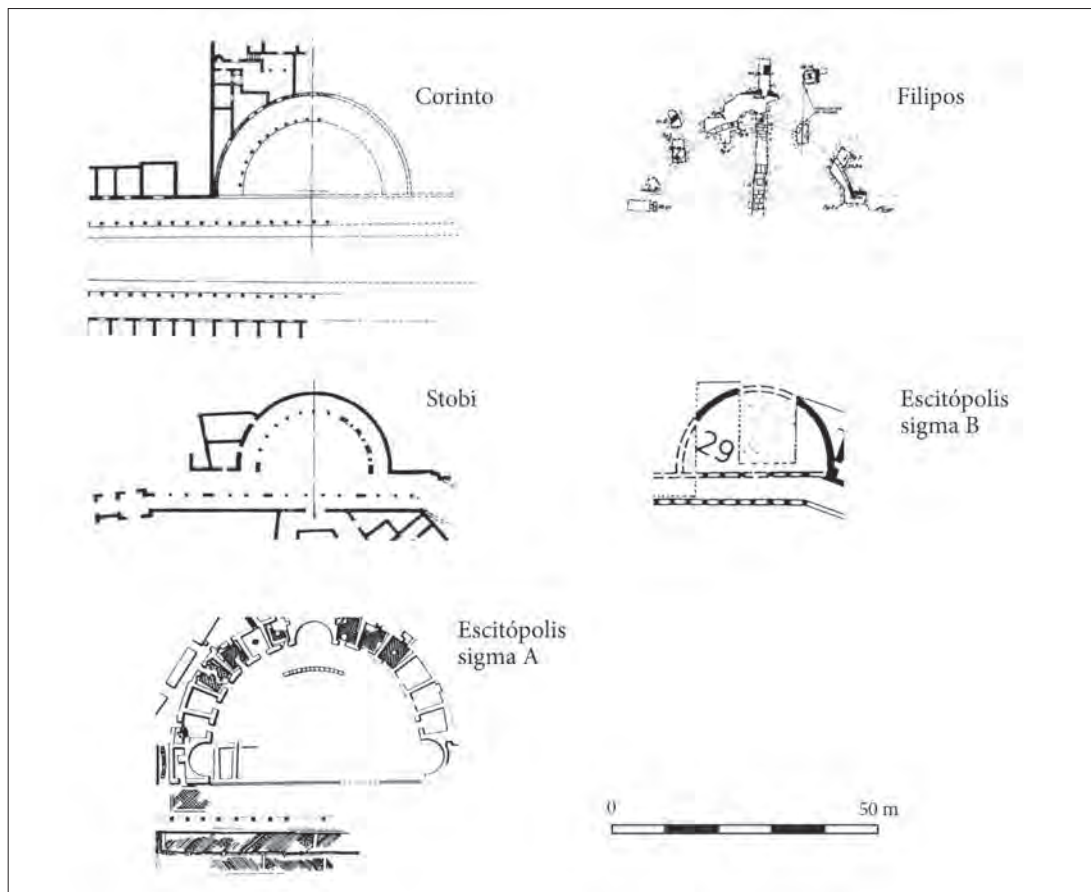


FIG. 13. — Tabla comparativa de plazas tipo *sigma*.

FUENTE: LAVAN, 2012, p. 347, fig.14.7

La recepción del modelo oriental de *sigma*, por otro lado, no hace sino incidir en la ancestral y sólida relación de Cartagena con el Mediterráneo oriental, canalizada preferentemente a través del puerto franco de Delos<sup>96</sup>. El depósito material recuperado en sus *tabernae*, nutrido de abundantes ánforas procedentes de Isauria, Cilicia y norte de Siria (LRA 1 A/Keay LIII); Asia Menor (LRA 3/Keay LIV-bis) o Quíos (LRA 2/Keay LXV)<sup>97</sup>, evidencia cómo esa relación se perpetuó durante el siglo V, siendo el cauce de unos vínculos estrechos que, como apreciamos, se plasmaron también en el campo de la arquitectura.

Llegados a este punto, surge el interrogante de si el complejo de *Carthago Spartaria*, enclavado junto a la zona portuaria como suele ocurrir con este tipo de instalaciones en las ciudades marítimas, y convertido en nuevo icono de romanidad, desempeñó una suerte de rol de foro secundario, máxime cuando, como sabemos, el foro altoimperial había perdido ya para esta etapa, buena parte de su antigua prestancia<sup>98</sup>. Hay que valorar que la moda edilicia que alumbra estas *sigmas*, hace de ellas puntos focales de la *civitas*, siendo lugares no solo para el comercio, sino, verdaderos espacios públicos, también para la socialización, como insisten fuentes como Libanio<sup>99</sup>.

<sup>96</sup> Sobre este particular, a partir de la documentación epigráfica y cerámica de época republicana, PENA GIMENO, 2009, pp. 9-23; PÉREZ BALLESTER, 2012, pp. 65-78.

<sup>97</sup> MURCIA MUÑOZ *et alii*, 2005, p.17.

<sup>98</sup> DE RUYT, 1983, pp. 329-335.

<sup>99</sup> LIBANIOS, *Oratio*, 2, 6, recogido por LAVAN, 2012, pp. 363-364.



FIG. 14. — Cimentación de las *tabernae* del mercado-almacén de *Carthago Spartaria*, con una de las aras del antiguo teatro.

© Archivo fotográfico del Museo del Teatro Romano de Cartagena

En esta dirección, acorde al ornato que reciben estos nuevos emblemas cívicos, habría que pensar si la *sigma* pudo actuar como galería «oficial», dando, quizá, cabida a retratos, que estableciesen el nexo «simbólico», ideológico, con el pasado ciudadano. En efecto, en el mismo solar del teatro romano, reutilizado en una vivienda de época moderna, se documentó un retrato imperial, quizá imagen póstuma de Antonino Pío sino efigie de Marco Aurelio<sup>100</sup>. El incendio que el teatro había sufrido hacia mediados del siglo II, comportando el desplome del tornavoz y parte de la fachada<sup>101</sup>, hacen poco probable que la mencionada escultura hubiese tenido aquí su ubicación original, sugiriendo otra procedencia alternativa, en cualquiera de los otros espacios cívicos de la ciudad activos en esa fecha, como el mismo foro, donde se constata el epígrafe antes mencionado a la madre de Alejandro Severo, *Iulia Mammea*. En este orden de cosas, nuestra hipótesis es que la imagen pudo haber sido «recolectada», traída hasta aquí en otro momento posterior, muy probablemente en el siglo V, para ornamentar la nueva logia ciudadana, dotándola de símbolos de la recuperada *romanitas*.

El carácter público del complejo debió pesar también en la dirección opuesta, dictando qué no era lícito reutilizar y «exhibir» en este espacio emblemático. A este respecto, tal decisión parece influir en la definitiva amortización de los antiguos altares neoáticos consagrados a la triada capitolina. Aunque estos, tras el incendio de finales del siglo II, habían ido a parar al foso del *hyposcaenium*<sup>102</sup>, dos de ellos, los dedicados a Juno y Minerva, debieron quedar visibles en las obras de cimentación de las *tabernae*, en tanto su enlosado descansa sobre ellos (fig. 14). En este sentido, frente cuanto ocurre con capiteles, fustes, basas o sillares, recolectados intensivamente para alzar las nuevas estructuras, los altares quedaron *in situ*, formando parte del heterogéneo relleno, asiento del complejo<sup>103</sup>. A pesar de que su buen estado de conservación, sus dimensiones o su consistencia, los hacían óptimos para un potencial reaprovechamiento, fueron ignorados. En nuestra opinión, en tal abandono debieron primar no tanto cuestiones «prácticas», de simple «comodidad», que llevaría a decantarse por otros elementos arquitectónicos o escultóricos en superficie (que por esta misma situación, tamaño y peso, resultarían de más fácil acarreo), como sí posiblemente de tipo religioso. La *Carthago Spartaria* del siglo V ya era una sede episcopal plenamente organizada, con un ambiente sociológico cristiano, como muestra la omnipresente iconografía cristiana de sus vaji-

<sup>100</sup> RAMALLO ASENSIO, 2011, p. 127. Recientes estudios abogan por el primero de los emperadores: QUEVEDO SÁNCHEZ, 2015, pp. 24-26.

<sup>101</sup> RUIZ VALDERAS, GARCÍA CANO, 2001, p. 199.

<sup>102</sup> *Ibid.*, p. 205. También había ocurrido lo mismo con la escultura de Apolo Citaredo, hallado en este caso, en el nivel de destrucción que colmata parcialmente el mencionado foso. RAMALLO ASENSIO, 2001, p. 117.

<sup>103</sup> RAMALLO ASENSIO, RUIZ VALDERAS, 1998, p. 71.

llas cerámicas. En estas coordenadas ideológicas, si bien los guiños a la Antigüedad no debieron encontrar obstáculo, la presencia de los antiguos dioses, su recuperación y exhibición en un espacio público, debía ir más allá de lo tolerable<sup>104</sup>. Tal práctica se dio, con todo, en ambientes más cosmopolitas, como Constantinopla, donde las antiguas esculturas decoran los porticados<sup>105</sup>.

En la *sigma* de *Carthago Spartaria*, llamada a convertirse por su ubicación, finalidad y envergadura monumental, en un verdadero emblema ciudadano, ya no encontraban acomodo algunos de los símbolos del antiguo teatro<sup>106</sup>. Apreciamos una reutilización consciente, que desecha lo innecesario y aprovecha lo útil, mostrando que la forma, por acción u omisión, está al servicio del mensaje. En este lenguaje, además, la *venustas* aún parece encontrarse en un mismo plano que la *dispositio* y la *constructio*<sup>107</sup>.

#### UNA «NUEVA» FISONOMÍA URBANA

Dentro del programa de remodelaciones urbanas destinadas a hacer de *Carthago Spartaria* un emporio mercantil, plasmación pero a la vez «motor» para impulsar el «renacimiento» del Sureste, hay que destacar la reforma de su decumano máximo<sup>108</sup>.

En sintonía con la realidad de «contrastes» que configura la fisonomía de la *civitas*, la intervención sobre dicha vía parece limitarse únicamente al tramo que atraviesa el epicentro urbano, en torno a la zona portuaria y el antiguo foro, mientras que, en la mitad oriental abandonada, el eje, como sus aledaños, solo se recrecería con niveles terreros (fig. 15, p. 97)<sup>109</sup>. Incluso, hay que destacar que la monumentalización del decumano máximo convive con el colapso de otra serie de decumanos y *cardines*, como el que flanqueaba la fachada portuaria en su extremo septentrional, en la zona de Morería Baja, invadido ahora por otras estructuras que impiden el tránsito<sup>110</sup>. Todo apunta a una realidad compleja, de evidencias *a priori* contradictorias, que, con todo, constituyen el *leitmotiv* de muchos otros centros urbanos durante estos siglos, como Ostia o Sagalassos<sup>111</sup>.

En *Carthago Spartaria*, el decumano se remodela en el entorno del antiguo foro, siguiendo el modelo de vías porticadas tan propio de otras urbes orientales (fig. 16, p. 97)<sup>112</sup>. En este caso particular, queda flanqueado por un establecimiento termal y toda una serie de *tabernae*. A este respecto, es necesario contemplar el calado «integral» de la intervención, en el sentido en el que no se ciñe *sensu stricto* a la calzada, sino que contempla la renovación de todo el área que vertebra<sup>113</sup>.

El eje fosiliza *grosso modo* el previo altoimperial, si bien su *facies* cambia completamente. De este modo, frente a los ortostatos irregulares que caracterizan las calzadas de la ciudad republicana y augustea, el nuevo decumano se repavimenta con toda una serie de lajas rectangulares, de caliza local y en buena parte reutilizadas<sup>114</sup>. La analogía con algunas de las piezas atribuidas a la pavimentación del foro, como un epígrafe con *litterae aureae* hallado igualmente reaprovechado en estructuras del entorno<sup>115</sup>, nos hace pensar en la posibilidad de que las losas de la calzada puedan proceder de la

<sup>104</sup> Tan solo un pequeño fragmento del ara de Minerva, con una porción mínima de campo relivario, fue reutilizado en un muro de la *taberna* 11, enmascarado, por lo demás, por el enfoscado que homogeneizaría la superficie de estos paramentos, paliando su heterogeneidad de materiales. RUIZ VALDERAS, GARCÍA CANO, 2001, p. 204.

<sup>105</sup> LAVAN, 2012, p. 364, señalando igual práctica para Aizanoi.

<sup>106</sup> Sabemos, no en vano, que aunque hay mecenas cristianos a los que agradan los motivos clásicos, y algunas figuras que tratan de hacer ver las esculturas no ya desde un prisma religioso ni estético, sino resultado de una maestría artesanal; para muchos otros cristianos no dejarían de ser insultantes recuerdos del paganismo con poder perturbador. TSAFRIR, FOERSTER, 1997, pp. 127-130.

<sup>107</sup> Sobre los términos, VELÁZQUEZ SORIANO, 1997, p. 229-248.

<sup>108</sup> Recientemente, hemos vuelto a tratar sobre la resistemización de este conjunto, excavado en los años sesenta del pasado siglo XX, RAMALLO ASENSIO, VIZCAÍNO SÁNCHEZ, 2011, pp. 233-239.

<sup>109</sup> Los tramos aledaños a ese eje principal muestran, sin excepción, tal panorama. Véase en tal sentido, MURCIA MUÑOZ, 2004, pp. 57-58, refiriendo el caso del cruce entre un cardo y un decumano; así como VIDAL NIETO, VIZCAÍNO SÁNCHEZ, QUEVEDO SÁNCHEZ, 2006, pp. 181-192.

<sup>110</sup> MADRID BALANZA, MURCIA MUÑOZ, 1996, pp. 173-178.

<sup>111</sup> Realidad compleja en la que insiste LAVAN, 2012, p. 334.

<sup>112</sup> *Ibid.*, p. 347 y ss.

<sup>113</sup> MADRID BALANZA 1999; RAMALLO ASENSIO, VIZCAÍNO SÁNCHEZ, 2011, pp. 233-239. Es necesario insistir en la existencia de un porticado más antiguo, cuyo zócalo sería remodelado con ocasión de la construcción de la columnata bajoimperial.

<sup>114</sup> Sobre el viario de la urbe, ANTOLINOS MARÍN, 2009, pp. 59-67.

<sup>115</sup> NOGUERA CELDRÁN, ABASCAL PALAZÓN, 2003, pp. 54-58.

arruinada explanada forense. Tengamos en cuenta para ello que también dos de las losas de este decumano son sendos pedestales ecuestres, que debieron proceder igualmente del foro, lugar para este tipo de homenajes públicos. Los pedestales, que conservan las improntas de los pernos de sujeción de las primitivas esculturas superpuestas<sup>116</sup>, fueron embutidos en la vía y enrasados para trabar con el resto de losas, evidenciando cómo la edilicia destinada a reprimar la urbe, utilizó como cantera incluso parte de los *monumenta* en los que había descansado su pasado esplendor. De hecho, en el muro de las termas que bordea la vía, también se inserta otro pedestal de la primera mitad del siglo II, cuya dedicatoria a L. Numisio Laeto aún queda visible<sup>117</sup>. Se trata, con todo, de prácticas que no dejan de resultar llamativas, máxime por cuanto, si bien el paso de los siglos habría supuesto una merma en la conservación de estas efigies y, posiblemente, habría hecho caer en el olvido la fama de los otrora homenajeados, la legislación contemplaba de forma explícita no solo la necesaria preservación para el fin con la que estas habían sido concebidas y no otro, sino también la posibilidad de que sus familiares interpusieran la *actio iniuriarum* frente a aquel o aquellos sujetos que la fracturasen o mutilasen<sup>118</sup>. En la nueva concepción utilitaria, el «rescate» de tales piezas aunque para su «reciclaje» para nuevos usos, expresa cierta ruptura frente al anterior pasado, mostrando una desvinculación de aquello que anteriormente había ejemplificado la *dignitas*, *honor* y *fama* de la élite ciudadana.

La intensa reutilización registrada en la resistemización del decumano, el material de las losas (calizas grisáceas locales), su módulo rectangular o su misma trabazón, resultan del todo similares a la pavimentación de la exedra y las *tabernae* que integran la *sigma* levantada sobre el teatro, abogando por una construcción sincrónica.

Otro tanto se puede señalar respecto a la columnata que flanquea la vía, cuyos intercolumnios no siguen una cadencia totalmente uniforme (c. 2,10/2,15 m), y quedan enmarcados por fustes y basas de distinto material (caliza micrítica, travertino), tamaño u orden (toscano, ático), deparando un efecto final de heterogeneidad (fig. 17, p. 98). Únicamente la primacía del orden toscano imprime cierta uniformidad, evidenciando las pretensiones estéticas y, posiblemente simbólicas, del nuevo lenguaje monumental. Insistiendo en ello, aunque la carencia de estratigrafía dificulta cualquier especulación, no resulta atrevido pensar que parte de los elementos ornamentales hallados en esta antigua excavación, que incluyen materiales arquitectónicos o una estatua *thoracata*, así como otro pedestal honorario, todos de cronología altoimperial<sup>119</sup>, pudieron ser «puestos en valor» en esta refacción tardía.

En conjunto, la sintonía es clara con otros proyectos de remodelación acometidos en época tardía, como el de Sagalassos, donde los nuevos pórticos incluyen igualmente abundante material reutilizado<sup>120</sup>. No en vano, se trata de una disposición arquetípica que, habitualmente enmarcada en iniciativas urbanas de carácter público, tampoco escasea bajo patrocinio privado, particularidad que conlleva el arrendamiento de los espacios<sup>121</sup>.

En este léxico monumental, que da muestra de la preocupación por el mantenimiento del *publicum decus*<sup>122</sup>, la remodelación de la vía supuso también la construcción de un arco, del que restan sus cimientos. Su morfología habría de ser simple, en la línea de otros arcos que seguiremos documentando un siglo después, como el que da acceso a la plaza central de Recópolis<sup>123</sup>.

Por lo demás, el porticado precedía a toda una serie de *tabernae*, dispuestas en batería, que remodelan un complejo precedente, no distante a almacenes portuarios como los de la parcela 22 de Tarragona<sup>124</sup>. Dicha disposición en batería, al cobijo de un eje porticado, cuenta también con refrendos iconográficos contemporáneos, sea el caso, entre otros, del célebre mosaico de Yakto, en Antioquía, testimonio de la activa vida comercial de uno de sus ejes viarios durante el siglo V<sup>125</sup>.

<sup>116</sup> RAMALLO ASENSIO, 2011, p. 131.

<sup>117</sup> ABASCAL PALAZÓN, RAMALLO ASENSIO, 1997, pp. 202-206, n.º 54, lám. 60.

<sup>118</sup> Digesto 50, 8, 1; como se puede deducir de Paulo, Digesto 47, 10, 27; y Ulpiano, Digesto 47, 12, 2, refiriéndose a Celso, según RODRÍGUEZ LÓPEZ, 1999.

<sup>119</sup> RAMALLO ASENSIO, VIZCAÍNO SÁNCHEZ, 2011, p. 238, n. 40.

<sup>120</sup> MARTENS, 2007, pp. 348-349, datando dicha remodelación a partir de mediados del siglo V.

<sup>121</sup> PUTZEYS, LAVAN, 2007, p. 83.

<sup>122</sup> RODRÍGUEZ LÓPEZ, 1999.

<sup>123</sup> OLMO ENCISO, 2008b, p. 49, fig. 3C.

<sup>124</sup> En cualquier caso, estos cuentan con mayores dimensiones, 18,40 × 6 m, lo que supone aproximadamente 110 m<sup>2</sup>: ADSERIAS SANS, POCIÑA LÓPEZ, REMOLÀ VALLVERDÚ, 2000, pp. 137-154, fig. 9; POCIÑA LÓPEZ, REMOLÀ VALLVERDÚ, 2001, pp. 90 ss.

<sup>125</sup> LASSUS, 1934, pp. 114-156.



FIG. 15. — Recrecimiento en tierra batida de un decumano del sector oriental de *Carthago Spartaria*.

FOTOGRAFÍA: Jaime Vizcaíno Sánchez



FIG. 16. — Decumano porticado de *Carthago Spartaria* con cimentación del arco.

FOTOGRAFÍA: Jaime Vizcaíno Sánchez



FIG. 17. — Porticado del decumano de *Carthago Spartaria*.

FOTOGRAFÍA: Jaime Vizcaíno Sánchez

En conjunto, superando en envergadura a establecimientos coetáneos como el almacén portuario del *Portus Sucronem*, destruido en la primera mitad del siglo V<sup>126</sup>, la intervención edilicia acometida en *Carthago Spartaria* configuraría una gran *insula* destinada al almacenamiento y venta de mercancías del cercano puerto, al modo de ciudades como *Caesarea Maritima*<sup>127</sup>.

Si esto es así en el lado meridional del decumano, en su orilla septentrional, el panorama es, en cambio, dispar. Así, por un lado, las denominadas «Termas del Puerto» construidas en época augustea tardía o ya bajo el gobierno tiberiano, parecen encontrarse fuera de uso desde mediados del siglo IV, culminando un proceso de deterioro ya patente en la anterior centuria. Este edificio, que pudo ser de titularidad pública o vinculado exclusivamente al adyacente «Edificio del Atrio», queda amortizado a finales del siglo IV, sino principios del siglo V, momento en el que sus estructuras, al igual que las de la *insula* anexa, son objeto de compartimentación y expolio<sup>128</sup>.

Precisamente, interesa atender al desarrollo de las edificaciones vecinas, clara muestra de los cambios edilicios que conllevan las sucesivas coyunturas por las que atraviesa la ciudad. El «Edificio del Atrio», posible *Banketthausen* el centro de una *insula* de época cesariano-augustea<sup>129</sup>, evidencia una continuidad de su uso hasta al menos las primeras décadas del siglo III, momento en el que hay que situar su refacción interna, con nuevos ciclos pictóricos<sup>130</sup>. En el marco de este, destaca además una reutilización «anticuarista» de los frescos de Apolo y las musas. Dicho proceso queda eficazmente datado no solo a partir de los criterios estratigráficos o estilísticos, sino también por el hallazgo de parte de un *titulus pictus* sobre uno de los paneles pictóricos, aludiendo al emperador Heliogábalo y al prefecto del Pretorio *Adventus* en el desempeño de su segundo consulado, es decir, durante la segunda mitad del año 218.

<sup>126</sup> HURTADO MULLOR *et alii*, 2008, pp. 95-141, fig. 2.

<sup>127</sup> PATRICH, 1996, pp. 146-176. De hecho, se constata un esfuerzo por monumentalizar el espacio, como muestra un pedestal cilíndrico dedicado por la corporación de *piscatores et propolae* a los Lares Augustales y a Mercurio (*CIL* II 5929; ABASCAL PALAZÓN, RAMALLO ASENSIO, 1997, n° 36, lám. 42).

<sup>128</sup> Las recientes excavaciones han conseguido determinar tanto la completa vertebración del conjunto termal, como su dinámica evolutiva a lo largo de estos siglos. Así, tras documentar un impulso monumental en época adrianea, que supone la marmorización del *frigidarium* o la dotación de un nuevo programa pictórico para el muro septentrional del peristilo, un tercer momento ya supuso la remodelación y reducción del espacio dedicado a baños, relacionado, posiblemente, con el incendio y posterior abandono de parte del peristilo. Su colapso, como sugieren los contextos materiales asociados, hay que situarlo entre mediados y finales del siglo III. Al respecto, NOGUERA CELDRÁN, FERNÁNDEZ DÍAZ, MADRID BALANZA, 2009, pp. 186-188; así como MADRID BALANZA, PAVÍA PAGE, NOGUERA CELDRÁN, 2015, pp. 15-22.

<sup>129</sup> NOGUERA CELDRÁN, MADRID BALANZA, GARCÍA ABOAL, 2009, pp. 120-141.

<sup>130</sup> FERNÁNDEZ DÍAZ, NOGUERA CELDRÁN, SUÁREZ ESCRIBANO, 2014, pp. 473-483.

En cualquier caso, el edificio de banquetes experimenta una refuncionalización durante el curso del siglo III, posiblemente ocasionada por la venta o el abandono por parte de sus antiguos propietarios. De este modo, sus grandes aulas fueron compartimentadas en diferentes viviendas, agrupadas en torno al antiguo atrio, convertido ahora en una especie de patio de vecinos. Da cuenta de esta transformación, igualmente, la presencia de hogares, almacenes o zonas de trabajo<sup>131</sup>. El uso residencial se prolonga hasta finales del siglo III o inicios del IV, momento en el que se registra un devastador incendio, bien constatado en su ala occidental.

En esta secuencia, de nuevo el siglo V se revela como una etapa fundamental, de «reviviscencia». En el renovado impulso el sector suroriental de la edificación se desescombra, compartimentándose sus antiguas aulas en nuevas *tabernae* estrechas y alargadas, dispuestas en batería y abiertas, al nuevo decumano tardorromano (fig. 18).

Con todo, el «repristino» sigue arrojando el balance desigual que vemos en otros lugares. Así, aledañas a estas *tabernae*, en su parte trasera, sobre los escombros del atrio y las grandes aulas de la primitiva *Banketthaus*, se constata una frecuentación e incluso modestas instalaciones domésticas, que, dotadas de zócalos de mampostería, posiblemente intentaban aprovechar la posibilidad de extraer agua del antiguo pozo del atrio, cuyo brocal fue recrecido. Los abundantes vertidos constatados en el área muestran su uso secundario, frente a la fachada monumental construida bordeando el decumano.

A tenor del registro arqueológico, la remodelación del eje, aun ambiciosa, no había dejado de incurrir en cierto «fachadismo», en el sentido de ennoblecer o dignificar los ambientes más cercanos a la calzada, y a veces, incluso solo la cara visible desde esta. Semejante proceder informa de la capacidad de maniobra, de cuanto fue posible y se quiso hacer, y en último término también explica que, en tanto mera «máscara» monumental, desprovista en algunos casos de uso efectivo, su supervivencia fuera efímera, abocando a su abandono durante el siglo VI.



FIG. 18. — *Tabernae* del siglo V instaladas en el Edificio del Atrio de *Carthago Spartaria*.

FOTOGRAFÍA: Proyecto de Investigación del cerro del Molinete

<sup>131</sup> MADRID BALANZA *et alii*, 2009, p. 226.

## ¿SOLO MONUMENTOS?

Junto a los hitos monumentales de *Carthago Spartaria*, su *sigma* y su decumano porticado con las *tabernae* anexas, existe toda otra serie de restos que completan la fisonomía ciudadana. Por cuanto sabemos hoy día, el contraste entre unos y otros resulta llamativo, al menos desde la óptica «clásica». Hasta cierto punto, se percibe la impresión de que, aun frecuentados y cuidados como nuevos *ornamenta*, dichos hitos monumentales son solo una fachada, a veces, incluso, una especie de decorado «monumental», detrás del cual, la realidad es completamente diversa. Queremos insistir en ello porque tal «tensión» es la pauta dominante del urbanismo de *Carthago Spartaria* durante el siglo V, insinuando también algunas notas acerca del mecanismo de «regeneración» experimentado.

En efecto, todo parece indicar que la ciudad había sido «rescatada», «reflotada» de su «naufragio» por una potente actividad pública, que actúa en los campos que le son propios, en el urbanismo y en los equipamientos monumentales, ambos ahora privilegiados en tanto infraestructura básica. No obstante, esa iniciativa pública llega hasta aquí y no más; no se registra una interacción, sinergia consistente y sostenida en el tiempo con iniciativas privadas, particulares, evidenciando, posiblemente, que las medidas tomadas no habían llegado a estimular del todo la recuperación del tejido social, atrayendo a las antiguas elites y menos aún, fomentando en ellas una munificencia privada que, ahora sí, se desvela como algo del pasado.

La ciudad, como capital de la provincia Cartaginense, debió contar con los correspondientes funcionarios imperiales, delegados del *vicarius Hispaniarum*, que son nombrados y depuestos según los cambios políticos. Con todo, apenas podemos seguir el rastro de las élites de *Carthago Spartaria*. Por el momento, no se ha excavado ninguna *domus* que pueda asociarse a los usos representativos de esta clase social. Incluso, ciertos ítems propios de *status* también están ausentes. Ocurre así, por ejemplo, con aquellos relativos al mundo funerario, siendo llamativo que no se haya localizado resto alguno de sarcófago, cuyas evidencias, hasta la actualidad se ciñen al interior del Sureste<sup>132</sup>. Solo los panteones de una de las necrópolis suburbanas, la utilización de tumbas de tipo *mensa*, en algún caso incluyendo incluso una lauda musiva, al modo de las características del mundo norteafricano<sup>133</sup>, son indicios de un poder adquisitivo alto. En este estado de cosas, los *potentiores* solo nos resultan visibles en el *territorium*, en *villae* desarrolladas a partir del siglo IV, entre las que hay que destacar las emplazadas en el valle del Segura<sup>134</sup>.

A este respecto, no constatamos la impronta de dicha elite en los mutados espacios representativos, comportamiento que, si bien aqueja de la peculiar evolución socioeconómica de la ciudad, encaja, por otra parte, en una tónica general de menor prodigalidad cívica por parte de estos ciudadanos, cuyo *animus donandi* va en retroceso<sup>135</sup>.

Aunque las excavaciones arqueológicas nos suministran constantes datos, cuyo aumento, además, supone la reinterpretación de otros ya conocidos, todavía es mucho lo que queda por saber sobre la *Carthago Spartaria* tardía. En este sentido, el proyecto de excavación de la ladera meridional del cerro del Molinete, que abarca varias *insulae* así como el mismo cierre septentrional de la plaza forense, supondrá un nuevo acicate para la comprensión de la compleja metamorfosis urbana. De la mano de estos avances, irá quedando más claro qué espacios de la urbe fueron privilegiados como nuevas áreas cívicas, toda vez que nos consta, que el foro augusteo, al menos un sector considerable de él, ya se encontraba amortizado. En dichos espacios habrá que situar el escenario de los escasos datos de los fuentes, como la mención de Olimpiodoro de Tebas, que, para el 411 señala la exhibición en *Carthago Spartaria* de las cabezas de los usurpadores Constantino III y su hijo Juliano, expuestas sobre puntas de lanza, después de que este mismo castigo ejemplar se contemplase en Rávena<sup>136</sup>.

En conjunto, hoy observamos que la reactivación «urbana» tiene sus límites en una y otra zona, de modo que, por ejemplo, a pesar del espíritu mercantil que guía el nuevo «renacimiento», es precisamente ahora cuando se abandonan definitivamente algunas instalaciones de almacenaje, como

<sup>132</sup> Junto al ya clásico trabajo de SOTOMAYOR MUÑOZ, 1988, pp.165-184, véase NOGUERA CELDRÁN, 2004, pp. 282-283, recogiendo los últimos hallazgos con bibliografía. Recientemente, se ha localizado un nuevo fragmento de sarcófago en el Cabezo Roenas, en este caso con la representación de Adán (NOGUERA CELDRÁN, MOLINA GÓMEZ, e.p.)

<sup>133</sup> Acerca de los tipos tumbales, BERROCAL CAPARRÓS, LAIZ REVERTE, 1995, pp. 173-182, sobre la lauda, véase RAMALLO ASENSIO, 1985b, n° 52, pp. 58-60, lám. XVIIc.

<sup>134</sup> VIZCAÍNO SÁNCHEZ, 2010 y RAMALLO ASENSIO, GARCÍA BLÁZQUEZ, VIZCAÍNO SÁNCHEZ, 2012, pp. 329-374.

<sup>135</sup> BROISE, 1964, p. 231.

<sup>136</sup> OLIMPIODORO DE TEBAS, *Frag.*, 20 y CONS. CONST., 411, recogidos por ARCE, 2005, pp. 60-61.

las que se situaban en los extremos de la línea portuaria. Así, en el sector noroccidental, junto a un cardo ahora colapsado<sup>137</sup>, el barrio artesanal aquí emplazado, tras haber visto muy mermada su actividad durante el siglo II, se abandona definitivamente en el siglo IV<sup>138</sup>.

En este estado de cosas, tampoco hay que perder de vista el cambio funcional que experimentan algunas de las *insulae* adyacentes a la plaza forense. Estas, aunque en época altoimperial habían acogido de forma preferente los equipamientos monumentales ligados a dicho espacio cívico, así como las residencias de la elite ciudadana, ahora, por el contrario, ven proliferar pequeños puntos de carácter artesanal, anteriormente, por cuanto sabemos, relegados a sectores periféricos<sup>139</sup>. Ocurre así, por ejemplo, al sur del decumano que atraviesa la zona forense, en una vivienda construida a mediados del siglo I d. C. En esta, a partir de finales del siglo II se detecta el cese de su uso residencial, instalando en una de sus estancias un modesto horno de vidrio, cuya producción abarca desde la segunda mitad del siglo III a principios del siglo IV<sup>140</sup>. La elemental configuración de este horno, sin cámara de fuego; sus características constructivas, o sus reducidas dimensiones, muestran una elaboración de vidrio soplado de entidad limitada.

Cabe notar, a este respecto, la presumible correlación entre la contracción y posterior abandono de esos primitivos barrios artesanales y la reconversión funcional del entorno forense. Se trata de un proceso, además, que comporta variadas implicaciones. Así, por una parte, el desplazamiento topográfico de estas *figlinae* informa de una nueva dinámica urbana en la que, el primitivo impulso centrífugo, que había llevado a confinar estos talleres a zonas excéntricas, especialmente suburbanas, se ve sustituido por una nueva tensión centrípeta, que motiva su emplazamiento en el mismo corazón de la *civitas*. Evidentemente, dicha traslación denota una nueva concepción del espacio urbano, obviando las razones que antes habían llevado a actuar de esta forma: concentrar las actividades productivas molestas o perniciosas en los lugares que causarían un menor perjuicio a la población; y asegurar la prestancia, el *urbis decus*, del epicentro ciudadano. En este sentido, si esto es así respecto al conjunto de las actividades artesanales, en este caso particular encontramos, además, cómo aparecen en estas *insulae* aquellas labores para las que el precepto había sido especialmente contemplado, esto es, las llamadas «industrias de fuego», tradicionalmente desplazadas por motivos de salubridad y sobre todo para evitar posibles incendios<sup>141</sup>. No se trata, empero, de un hecho aislado, pues la investigación ha ido mostrando la «colonización» de los centros urbanos tardíos por parte de estos talleres secundarios, especialmente en la vecindad de espacios comerciales<sup>142</sup>. De hecho, tampoco la misma *civitas* clásica se había visto desprovista completamente de estas actividades, iniciando entonces un comportamiento que ahora se evidencia de modo más firme, discriminando topográficamente producción «pesada» y producción «ligera»<sup>143</sup>.

De otra parte, el progresivo dismantelamiento y abandono de los antiguos barrios artesanales por nuevos talleres que salpican las *insulae* adyacentes al foro a modo de células aisladas, o a lo sumo, en concentraciones reducidas, parecen evidenciar, igualmente, un menor volumen productivo e, implícitamente, una simplificación de los esquemas organizativos del artesanado local. Incide en esta dirección, la misma configuración elemental de algunos de estos nuevos implantes artesanales, como el ya citado horno de vidrio, para el que, junto a su limitada envergadura, también hay que apuntar un posible uso mixto y, en consecuencia, ausencia de especialización, dado el registro de escorias de fundición<sup>144</sup>. Se trata de factores que, en conjunto, a pesar de coexistir con ciertas innovaciones, se enmarcan en el balance final de recesión tecnológica asociada a esta etapa<sup>145</sup>.

En este estado de cosas, aunque todo parece apuntar al colapso de la infraestructura hidráulica de época clásica<sup>146</sup>, no deja de ser sintomático que los nuevos establecimientos artesanales surjan en la vecindad de complejos termales ya abandonados, aprovechando quizá, sino ya sus hornos, en tanto

<sup>137</sup> MADRID BALANZA, MURCIA MUÑOZ 1996, pp. 173-178.

<sup>138</sup> ARIAS FERRER, EGEA VIVANCOS, 2009, pp. 435-454.

<sup>139</sup> Es el caso, especialmente, del barrio documentado en la ladera noroccidental del cerro del Molinete, en la zona de Morería Baja, vertebrado en torno a un cardo y que acoge, entre otras actividades industriales y artesanales, tintorerías, herrerías, explotación de púrpura, transformación de pescado u hornos de vidrio (EGEA VIVANCOS *et alii*, 2006). Por otro lado, en el extremo sureste de la ciudad, flanqueando su acceso principal, encontramos un barrio «polifuncional», que en una misma *insula* combina los usos residenciales y artesanales (MADRID BALANZA, 2004, p. 33 ss.).

<sup>140</sup> FERNÁNDEZ MATA LLANA, 2009.

<sup>141</sup> ORTIZ PALOMAR, 2001, p. 26.

<sup>142</sup> SAGUÍ, 2007, p. 218.

<sup>143</sup> Sobre este particular, MUNDELL MANGO, 2001a, p. 93.

<sup>144</sup> FERNÁNDEZ MATA LLANA, 2009, p. 154.

<sup>145</sup> LAVAN, 2007, p. 31.

<sup>146</sup> Sobre su evolución y abandono, EGEA VIVANCOS, VIZCAÍNO SÁNCHEZ, RUIZ VALDERAS, 2011.

por el momento no se constata esa reutilización directa<sup>147</sup>, al menos sí parte de la red que anteriormente garantizaba el abastecimiento de los baños. Tengamos en cuenta que el aporte de agua, aun en cantidades mínimas, es uno de los condicionantes para el emplazamiento de talleres artesanales, de modo que, en época tardía, dentro de las usuales coordenadas de privatización, algunos de estos llegan a plantear ramales o al menos simples «tomas» de las antiguas redes públicas ya deterioradas<sup>148</sup>.

Sea como fuere, y volviendo sobre ese «colapso» de la infraestructura hidráulica, lo cierto es que en la *Carthago Spartaria* tardía, la realidad de su entorno semiárido debió hacerse netamente presente<sup>149</sup>. Aunque la epigrafía tardía insiste de forma reiterada en la preocupación de las autoridades por el mantenimiento de estas instalaciones<sup>150</sup>, aquí, tras la fuerte involución del siglo III, poco o nada sugiere su reactivación.

«SOPORTAR LA ADVERSIDAD ES UNA GLORIA DIFÍCIL DE LOGRAR»  
(SIDONIO APOLINAR, *CARMEN*, XXIII, 85)

A tenor de la documentación disponible, *Carthago Spartaria* se presenta durante el siglo V como una ciudad en plena transformación, donde las secuelas de la crisis de los siglos II y III conviven con un nuevo «empuje» edilicio.

En el nuevo perímetro urbano, que ocupa algo menos de la mitad que el previo de época clásica, se constata un verdadero programa de monumentalización, vertebrado en torno a una pujante actividad comercial. Dicho programa, que tiene sus hitos básicos en la *sigma* construida sobre el teatro o el decumano porticado del entorno forense, flanqueado por un complejo de *tabernae*, sigue modas del urbanismo oriental, dando cuenta de los nexos ancestrales que unen a la ciudad con el otro extremo del Mediterráneo, y que ahora siguen siendo documentados por los contextos cerámicos.

Las intervenciones parecen guiadas por el sempiterno *topos* del retorno *ad pristinum decus*, devolviendo a la ciudad nuevos espacios de representación, perdidos ya, en buena parte, los de la *civitas* augustea. Aunque, en esencia, se construye una infraestructura utilitaria, es patente su voluntad estética, en la línea que se percibe para otros núcleos urbanos<sup>151</sup>.

La actuación sobre los *aedificia publica* plasma la preocupación que la legislación bajoimperial muestra por el aparato monumental de las *civitates*, en tanto símbolos e instrumentos a través de los que preservar la *romanitas*. Se advierte, en este sentido, el eco de políticas urbanísticas como la contenida en la *Novela III de Mayoriano*<sup>152</sup>, personaje protagonista, de hecho, del acontecer tardío de *Carthago Spartaria*, en tanto organizador de la frustrada expedición que desde su costa habría de intentar acabar con el *regnum vandalorum*.

Con todo, el «renacimiento» urbano de la ciudad, a su vez espoleado por otro de tipo mercantil y por la recuperación de su potencial naval en el marco de la cambiante geoestrategia en el *Mare Nostrum*, cuenta con ciertos «frenos». Su trayectoria urbana solo se comprende a partir del impacto de la crisis de los siglos II y III, que había supuesto el «naufragio» de *Carthago Nova*, su «fracaso» como *civitas* clásica. Tras esta, se puede afirmar que nunca las cosas volverían a ser como antes, por más que los esfuerzos parezcan encaminados a conseguirlo. La ciudad resurge, sigue vigente el modelo urbano, pero, qué duda cabe, mutado respecto al de siglos previos<sup>153</sup>.

Las iniciativas de «regeneración» parecen ceñirse a la autoridad pública, ofreciendo ejemplos como la referida *sigma*, prácticamente sin parangón en el marco hispano. Por el contrario, y a pesar de que la ciudad es sede episcopal<sup>154</sup>, por el momento no se advierte la implicación de la autoridad eclesiástica en estos programas de monumentalización, sí patentes en un buen número de ciudades

<sup>147</sup> A diferencia de otros lugares donde estos servirán para acomodar diversas actividades artesanales, como la alfarería, tal y como podemos ver en ejemplos coetáneos, del tipo de las termas de Olimpia (SCHAUER, 2010, p. 29).

<sup>148</sup> Ocurre así, por ejemplo, en Gortyna, ciudad donde los baños acogen nuevos talleres e incluso uno de estos, destinado a la fabricación del vidrio, se conecta a una de las cisternas que componen la red de suministro hídrico (GIORGI, 2007, p. 307, fig. 8).

<sup>149</sup> RAMALLO ASENSIO, ROS SALA, 2012, pp. 77-104.

<sup>150</sup> Sobre este particular, GIORGI, 2007.

<sup>151</sup> JACOBS, 2013.

<sup>152</sup> RODRÍGUEZ LÓPEZ, 1999, pp. 271-287.

<sup>153</sup> ARCE, 1993, pp. 177-184.

<sup>154</sup> Curiosamente, sin embargo, no tenemos noticia de que acoja ningún concilio, como destaca BRASSOUS, 2011, pp. 344-345, particularidad que se une también a la de que, a pesar de que sea una de las sedes signatarias del concilio de Elvira, en este no se encuentre representada por su obispo, sino por un presbítero.

de *Hispania*<sup>155</sup>. En *Carthago Spartaria*, en la actualidad, aún no se conoce ningún edificio de culto, de modo que, en conjunto, la cristianización de la topografía urbana apenas es visible más que en el surgimiento de nuevas áreas cementeriales y quizá, en el abandono de los edificios no acomodados al nuevo ideal de ciudad.

En conjunto, *Carthago Spartaria* se convierte en una ciudad emblemática de los complejos cambios de la Antigüedad Tardía, con una realidad marcada por los contrastes urbanos. Tal panorama no parece invalidar en modo alguno su condición de capital provincial, sino, antes bien, halla su lógica en esa misma promoción, responsable de una reactivación, lastrada, como venimos insistiendo, por la profunda coyuntura involutiva anterior<sup>156</sup>.

El contexto arqueológico hallado sobre los pavimentos de las *tabernae* que integran la *sigma* de *Carthago Spartaria*, autoriza a fechar su destrucción hacia comienzos del siglo VI d. C., por lo que el período de uso no debió exceder en mucho los cincuenta años<sup>157</sup>. No parece casual que una ciudad «reflotada» por la iniciativa pública, vuelva a «naufragar» cuando esta desaparece de nuevo. En este sentido, la *sigma* construida sobre el teatro será objeto de habitación doméstica, sobre todo intensa en época bizantina<sup>158</sup>. Con ello, se sanciona también la pérdida del carácter público del espacio, que sucumbe ante las cada vez más apremiantes dinámicas de privatización de los antiguos espacios representativos de la *civitas*.

Esa fecha de amortización se puede extender a los cercanos núcleos de Águilas y Mazarrón, como hemos señalado anteriormente, eslabones de una misma industria de producción y comercialización salazonera, que había dinamizado la costa sureste<sup>159</sup>.

Finalizado el «renacimiento del siglo V», agotado durante las primeras décadas del siglo VI, será a mediados de este, cuando, en el marco del programa de *Renovatio Imperii* impulsado por el emperador Justiniano, la ciudad sea ocupada por los *milites Romani* y viva un nuevo «renacimiento», cuya entidad, calado y fisonomía, solo puede comprenderse a partir de la compleja metamorfosis de siglos previos<sup>160</sup>.

<sup>155</sup> SÁNCHEZ RAMOS, MORÍN DE PABLOS, 2014.

<sup>156</sup> Sobre dicha condición administrativa especula BRASSOUS, 2011, pp. 339-340, pp. 344-345, pp. 349-350, n. 96, aduciendo una contracción urbana errónea, superior a la real, o una genérica realidad arqueológica que no refrendaría tal estatuto, extremo que tampoco compartimos. Sí consideramos, en cambio, que su carácter de sede episcopal no es garante de otras implicaciones administrativas, como también defiende este autor.

<sup>157</sup> MURCIA MUÑOZ *et alii*, 2005.

<sup>158</sup> Acerca de esta fase, recogiendo los trabajos precedentes, VIZCAÍNO SÁNCHEZ, 2009.

<sup>159</sup> Sobre la amortización de los contextos de Águilas, cuyo declive parece fijarse ya en el último cuarto del siglo V, HERNÁNDEZ GARCÍA, 2010, p. 279.

<sup>160</sup> Sobre la nueva experiencia bizantina, VIZCAÍNO SÁNCHEZ, 2009, pp. 224-236.



**ENTRE CIVITAS Y MADĪNA**  
**EL MUNDO DE LAS CIUDADES EN LA PENÍNSULA IBÉRICA**  
**Y EN EL NORTE DE ÁFRICA (SIGLOS IV-IX)**

EDITADO POR SABINE PANZRAM Y LAURENT CALLEGARIN

En las regiones a las dos orillas del *Gaditanum fretum* existía una concentración de ciudades única en el Imperio. La importancia y el significado de estas ciudades como centros de poder se mantienen —según el debate actual— sin interrupción hasta comienzos del siglo VIII, pero, ¿cómo se desarrolla a partir de entonces, después de estos años que hasta ahora siempre se habían considerado como punto de inflexión decisivo en la historia de estas regiones? Ya en 1985, Hugh N. Kennedy llamó la atención sobre el hecho de que la llamada «Madīna» debería considerarse consecuencia de transformaciones sociales y económicas, más que resultado de una «islamización» abrupta de la sociedad. Este volumen, en función de la nueva valoración del mundo de las ciudades de la Antigüedad tardía, quiere cuestionar sus consecuencias para la época de la temprana Edad Media, desde una perspectiva interdisciplinar y sobre una nueva base material.

ISBN 978-84-9096-216-9



49 €